
Miren Etxezarreta

La evolución de la agricultura campesina

INTRODUCCION

Las tendencias de la evolución de la agricultura a medida que el capitalismo se desarrolla han sido larga y ampliamente discutidas. En este trabajo pretendemos, tras una somera revisión de las principales líneas teóricas propugnadas al respecto, ilustrar la evolución de la agricultura en un contexto altamente industrializado, en un país y en un período en que se experimenta un intenso desarrollo capitalista (1). A este efecto resumiremos un trabajo recientemente realizado sobre la agricultura de una parte de Euskadi. El análisis de la evolución de la agricultura euskaldun y sus probables líneas de desarrollo futuro podrían ayudarnos a entender un poco más las transformaciones que la agricultura experimenta a medida que avanza el desarrollo capitalista y la industrialización (2) del entorno en que aquélla está situada.

(1) Si bien este desarrollo del capitalismo en España puede considerarse todavía limitado en relación con los niveles alcanzados por los países más desarrollados, no puede negarse su importancia e intensidad respecto a la situación del propio país.

(2) No debe igualarse desarrollo capitalista a industrialización. Conceptualmente puede darse un desarrollo que no implique necesariamente una industrialización. Sin embargo, en la mayoría de las experiencias históricas, el desarrollo ha supuesto una industrialización creciente.

Comencemos con una precisión: Se ha escrito muchísimo sobre el papel de la agricultura en el desarrollo económico. Los trabajos y modelos de A. Lewis, G. Ranis y J. Fei, B. Johnston y J. Mellor (3) son quizá los más conocidos entre la amplísima literatura al respecto. En España disponemos de los recientes trabajos de Naredo (4). Dado que en los países pobres la principal, y en ocasiones casi exclusiva, actividad económica consiste en la agricultura, se ha estudiado con gran detalle la posible aportación que el sector agrícola podía realizar para facilitar el desarrollo económico del país. Se ha analizado la imperiosa necesidad de que la agricultura suministrase los productos alimenticios, la mano de obra, los capitales y el mercado necesarios para una incipiente industrialización. Se cuenta también con la agricultura como elemento fundamental para proporcionar con sus exportaciones las divisas necesarias para las importaciones requeridas por el proceso de industrialización. La agricultura es el sector suministrador de «inputs» y absorbente de «outputs» en los países poco desarrollados. El desarrollo industrial puede sufrir frenos de consideración si la agricultura no cumple su función. Una eficiente utilización de la agricultura para cubrir estas funciones puede suponer uno de los elementos claves para lograr un importante desarrollo industrial, como se considera, por ejemplo, en el caso del Japón.

Este tipo de análisis no considera, en general, las transformaciones internas que el sector agrícola experimenta en el proceso (5). Estos modelos establecen una relación unidireccional que ignora toda influencia mutua entre los sectores, tratándolos como entidades autónomas y separadas, o,

(3) A. Lewis. *La Teoría del desarrollo económico*. G. Ranis and J. Fei «A Theory of Economic Development». *American Economic Review*, vol. 51-Spt. 1961.

B. Johnston and J. Mellor. *Journal of Farm Economics*. Publicado en español en: *La Economía en 1961*, de Pedro Mayor Mayor, Aguilar.

(4) J. Naredo. *La evolución de la agricultura en España*. Editorial Estela, 1971 y 1974.

J. Naredo-Leguina y otros. *La agricultura en el desarrollo capitalista español*. Siglo XXI, 1975.

(5) El modelo de Ranis y Fei puede considerarse que da los primeros pasos en esta dirección, pero incluso su tratamiento de tales aspectos es excesivamente macroeconómico y limitado.

más exactamente, considerando a la agricultura como mero suministrador de los elementos necesarios para el desarrollo industrial. No se estudian las transformaciones que este sector «nodriza» puede sufrir en el proceso.

No entraremos ahora en la consideración de este tipo de modelos. Es posible que cumplan una función de interés cuando son utilizados para analizar cierto tipo de problemas, como, por ejemplo, cuando se trata de estudiar las medidas que pueden inducir el desarrollo económico de los países subdesarrollados. Únicamente queremos precisar que no es a este tipo de análisis al que vamos a referirnos. Al contrario, el objetivo de este trabajo es, explícitamente, el estudio de la evolución del sector agrícola a medida que avanza el desarrollo capitalista de la formación social en que aquélla está situada. El papel de la agricultura como suministradora de «inputs» será subsumido, incorporado a este análisis. Nos interesa analizar las formas de articulación del sector agrícola con el resto de la actividad económica, las transformaciones que en el proceso vaya experimentando su estructura y evaluar las posibles líneas de su desarrollo futuro. La agricultura no será considerada para este propósito como un mero suministrador de «inputs», sino como un sector que necesariamente tiene que ir adaptándose a una realidad cambiante, en un continuo proceso dialéctico. Trataremos de estudiar la transformación agrícola a medida que ha ido avanzando el desarrollo económico en el contexto específico de dos provincias de Euskadi situadas en el Estado español (Guipúzcoa y Vizcaya) que sin duda alguna figuran entre las más industrializadas del Estado y que cuentan con un sector agrícola-ganadero intensamente minifundista.

EL MARCO TEORICO

K. Kautsky

Es necesario referirse a K. Kautsky como el exponente más caracterizado de la teoría marxista sobre la evolución prevista para la agricultura a medida que avanza el capitalismo y este modo de producción va absorbiendo sucesiva-

mente todas las esferas de la actividad económica (6). Recogiendo el pensamiento al respecto de Marx y Engels, sistematiza el tratamiento sobre la evolución del sector agrícola como base para el programa agrario de la social democracia. En este trabajo surge su bien conocida tesis de que, principalmente a causa del aumento de eficiencia que permite la técnica moderna, por las economías de escala posibles con los nuevos medios y conocimientos de producción, las pequeñas explotaciones familiares, artesanales, desaparecerán para dar paso a grandes explotaciones agrícolas capitalistas, industrializadas: «con propiedad privada de la tierra, personal asalariado y vertidas a la producción capitalista de mercancías. La explotación agrícola moderna es, pues, una explotación capitalista, en la que se encuentran los caracteres distintivos de este modo de producción, aunque en formas particulares». «La prosperidad de la agricultura y la persistencia de los modos de economía campesina son dos conceptos que se excluyen uno a otro en el modo de producción capitalista desarrollado» (7).

Kautsky, sin embargo, consciente de que este proceso supone una larga evolución y de que pueden producirse muchos fenómenos intermedios que retardarán considerablemente la transformación por él prevista, llega a la conclusión de que el desarrollo de la agricultura no llevaba en línea recta al retroceso de la pequeña explotación en beneficio de la grande, sino que este retroceso dependería de las circunstancias, por las que la tendencia de ampliación de la empresa agrícola puede ser frenada e incluso invertida. «Aquí haremos constar simplemente que este carácter particular del suelo bajo el régimen de propiedad privada en todos los países de pequeña explotación es un fuerte obstáculo para el desarrollo de la grande, por superior que ésta pueda ser, obstáculo desconocido en la industria» (8), y «De ahí que vayan disminuyendo las grandes propiedades de las provincias del Este y del Elba, y aparezcan en su

(6) No incluiremos en este trabajo las tesis de Chayanov, ya que nos parecen enfocadas a analizar el problema de la evolución del campesinado desde una óptica y unos objetivos diferentes.

(7) Ob. cit., pág. 63.

(8) Ob. cit., pág. 155.

vecindad pequeñas explotaciones agrícolas no porque éstas sean mejores que las grandes, sino porque las propiedades territoriales estaban destinadas hasta ahora a las exigencias del cultivo extensivo» (9). «Otras tendencias opuestas se han desarrollado que debemos estudiar a fondo y que operan en sentido contrario a la concentración de la propiedad agraria parcelada» (10).

Una lectura atenta de Kautsky permite señalar que, quizá, más que propugnar una transformación unidireccional de las pequeñas explotaciones agrarias en grandes explotaciones capitalistas, Kautsky concibe la dinámica de la agricultura bajo el capitalismo como una serie de grandes ciclos de concentración y de fraccionamiento en los que la situación previa, la tendencia dominante, se invertirá cuando la concentración o el fraccionamiento rebasen ciertos límites, si bien la tendencia última consista en la concentración. Kautsky recoge en su libro, apoyándola, la siguiente cita de Marx: «La aconcentración de la propiedad territorial inglesa ha arrojado del campo generaciones enteras de la población. La misma concentración, a la que el impuesto sobre el capital debe ciertamente contribuir, precipitaría la ruina de los campesinos, llevaría a éstos, en Francia, a las ciudades, haciendo inevitable la revolución. Por más que en Francia haya comenzado el proceso inverso del fraccionamiento a la concentración, la gran propiedad agraria vuelve a pasos agigantados al fraccionamiento precedente y prueba así de manera indiscutible que la agricultura debe moverse continuamente en este ciclo de concentración y fraccionamiento de la tierra, en tanto en cuanto subsistan en general las relaciones burguesas» (11).

Pueden destacarse dos grupos de elementos que significan la tendencia contraria a la concentración de Kautsky. Por una parte, se encuentran los que señalaríamos como elementos «retardadores del proceso», tal como la propiedad privada de la tierra, las exigencias de cambios de cultivos, etc., que son señalados en las citas que hemos recoge-

(9) Ob. cit., pág. 160.

(10) Ob. cit., pág. 173.

(11) K. Marx, citado por Kautsky en la pág. 173 de su obra.

do más arriba, así como la conveniencia de las clases dominantes de mantener una fuerza social profundamente conservadora como la constituida por el pequeño y medio campesino, que menciona en otro lugar; y por otra parte, los elementos «inversores» de la tendencia a la concentración, cuando el gran propietario territorial no encontrará brazos para labrar su tierra por haber forzado a los pequeños campesinos a abandonar la tierra que cultivaban y buscar refugio en las ciudades. «Cuando la pequeña explotación va desapareciendo, la grande da ingresos cada vez menores y empieza también a retroceder. Este fenómeno, que puede verse en muchas regiones, ha hecho anunciar a varios teóricos agrícolas de reputación «el fin próximo de la gran explotación agrícola». Pero esto es lo mismo que arrojar a la calle los niños junto con el agua sucia del baño. En muchos casos la falta de brazos es ciertamente la causa del retroceso de la gran explotación en beneficio de la pequeña, ya sea en el sentido de que el gran terrateniente divide una parte de su propiedad en parcelas que vende o arrienda a pequeños agricultores, ya sea en el que grandes propiedades enteras sean vendidas libremente o subastadas divididas en pequeñas propiedades» (12).

Kautsky considera que si la pequeña explotación sobrevive no es porque sea capaz de enfrentarse a la competencia con la gran explotación, sino porque aquélla se convierte en complementaria de ésta. Son los intereses de los grandes propietarios territoriales los que indicarán la conveniencia de sostener las pequeñas explotaciones de las que podrán nutrirse en sus necesidades de fuerza de trabajo y disponer de algunos de sus excedentes: «El gran propietario territorial consigue los mayores beneficios brutos y netos cuando *en torno a él hay una legión de pequeños y medianos propietarios que le abastecen de fuerza de trabajo* y adquieren el excedente de sus productos.

De todo esto se desprende que no hay que suponer que la explotación en pequeña escala tienda a desaparecer en la sociedad moderna, siendo reemplazada por la gran propiedad. Hemos visto que donde se ha extralimitado la concen-

(12) Ob. cit., pág. 172.

tración de la pequeña propiedad sobreviene la tendencia a la división del suelo, interviniendo el Estado y los terratenientes cuando ésta tropieza con obstáculos graves.

Precisamente estas tendencias de la gran propiedad demuestran que nada es más absurdo que suponer que si perdura la pequeña explotación es porque es capaz de sostener la competencia de la gran explotación y de tener importancia como vendedora de productos que la grande produce al lado de ella... En este estado de cosas ambas explotaciones no se excluyen en agricultura, sino que conviven como el *capitalista* y el *proletario*, aunque el pequeño campesino adquiere cada vez más el carácter de este último» (13). El autor puede entender la convivencia de las grandes y pequeñas explotaciones, pero simultáneamente indica, sin lugar a dudas, que esto irá conduciendo a la proletarización de los campesinos.

Podríamos resumir la tesis de Kautsky señalando que éste propugna la tendencia a la gran explotación a medida que avanza el capitalismo, tendencia que puede ser retardada por diversos elementos. Simultáneamente, mientras subsista la pequeña explotación, esto será debido a haberse convertido en un elemento complementario a la gran explotación capitalista, para proporcionarle la fuerza de trabajo necesaria y absorber parte de sus excedentes de producción. La pervivencia de la pequeña explotación solamente puede ser visualizada por este autor en función totalmente subordinada a las necesidades y conveniencia de las grandes explotaciones, que constituirán la forma de producción autónoma y dominante del sector: «...la pequeña explotación, en su decadencia, sigue un proceso muy complicado donde se entrecruzan tendencias contrarias que dificultan y retrasan (la concentración) pareciendo, aquí y allá, que la modifican en sentido contrario, pero que, en realidad, no pueden detenerla» (14).

Sin embargo, en el cuarto final del siglo XX existen todavía en gran número las explotaciones familiares campesinas en los países de capitalismo altamente desarrollado.

(13) Kautsky, ob. cit., pág. 175. Los subrayados son de Kautsky.

(14) Kautsky, citado por Servolin, pág. 215 de la edición francesa.

Las pequeñas explotaciones han sobrevivido un siglo. Basándose en esta realidad evidente, surge la polémica en torno a las tesis de Kautsky, así como la búsqueda de explicaciones alternativas que justifiquen la pervivencia de la pequeña explotación campesina en el capitalismo.

Para exponer los argumentos de los autores más representativos de esta línea resumiremos a continuación algunos de sus trabajos. Recogeremos principalmente los puntos de vista de Servolin y Postal-Vinay, mencionando también las tesis de Lebossé y Ouisse, en las obras que indicamos en la bibliografía. Esta última, sin embargo, la trataremos de forma más limitada, ya que no hemos podido consultarla directamente sino por medio de citas de otros autores.

Servolin, Postal-Vinay y Lebossé/Ouisse

La existencia de pequeñas explotaciones en los países en los que el capitalismo está más desarrollado prueba que «algo no ha funcionado» en las previsiones de Kautsky. La desaparición de la pequeña explotación y su sustitución por grandes explotaciones no es la forma «clásica» del desarrollo del capitalismo en la agricultura, sino que se producen otras formas de absorción del sector agrícola por el capitalismo. El capitalismo irá incorporando a su esfera las formas de producción agrícola, impregnándolas totalmente por medios distintos a los que Kautsky preconizaba. «El fin del siglo XX no está marcado por la generalización de la vía «clásica» de desarrollo del capitalismo en la agricultura, sino más bien, al contrario, por la intensificación general del sector de la pequeña explotación» (15). «Se puede hablar de diferentes modalidades de absorción de la agricultura por el capitalismo» (16).

Según estos autores la supervivencia de la pequeña explotación se debe principalmente a los siguientes factores:

1. La superioridad técnica de las grandes explotaciones no es ni remotamente tan elaborada como Kautsky preconizaba. En opinión de Servolin, por ejemplo, los principales

(15) Postal-Vinay, pág. 154.

(16) Postal-Vinay, Introducción.

avances tecnológicos absorbibles por el sector agrícola son tan fácilmente adaptables a la pequeña como a la gran explotación. Mejoras en los abonos, las simientes, la genética y la alimentación animal son, para él, fácilmente incorporables a la pequeña explotación, mientras que los avances de la maquinaria o instalaciones, que requiere la gran explotación para su utilización eficiente, son menos importantes para la elevación de la productividad agrícola y los aumentos en eficiencia logrados en las modernas explotaciones. Añade, además, «que las características particulares del trabajo agrícola no permiten más que un débil grado de cooperación compleja y de división del trabajo» (17). Postal-Vinay, por su parte, sin precisar las razones que le llevan a considerarlo así, admite también la falta de superioridad técnica de las grandes explotaciones. «La gran explotación capitalista no tiene, por tanto, respecto a otros tipos de explotaciones, ni una «superioridad» decisiva ni el lugar de contacto para hacerla prevaler» (18).

2. Esta limitación de la superioridad técnica de la gran explotación, Servolin la basa esencialmente en la «especificidad del proceso de producción agrícola». Por una parte, consideraba, como hemos señalado más arriba, que los avances técnicos principales son absorbibles por la gran como por la pequeña explotación, y, por otra, que «...los diversos procesos de trabajo agrícola no se prestan más que muy débilmente a la manufactura. A pesar de la aplicación de la ciencia a las técnicas agronómicas, los procesos de trabajo en materia de producción vegetal, para no decir nada de la ganadería, conservan los caracteres que les hacen todavía más propios para tomar la forma industrial manufacturera: las diversas operaciones de la producción no pueden realizarse simultáneamente, ya que están sometidas a los ritmos biológicos de la vegetación. Su ejecución es delicada y exige todavía de una gran parte de la mano de obra la posesión de un oficio. Así, las posibilidades de división del trabajo y de cooperación compleja son muy débiles» (19).

(17) Servolin, pág. 45.

(18) Postal-Vinay, pág. 154.

(19) Servolin, pág. 49.

Más adelante señalará: «Si se admite que el proceso de trabajo no se presta a la división del trabajo y que exige la posesión de un «oficio», se debe concluir que solamente puede ejercerse de forma individual. Su dimensión «óptima» corresponde, por tanto, al número máximo de animales de los que un hombre (ayudado por un trabajador a tiempo parcial para ciertas operaciones periódicas) puede ocuparse en buenas condiciones. Toda explotación ganadera que sobrepase esta dimensión no representa más que la yuxtaposición pura y simple del proceso de trabajo individual, y la productividad por animal no es, por tanto, más alta, a nivel técnico igual, que en una explotación individual bien llevada» (20).

3. Las dificultades de la concentración se ven también agudizadas por el alto precio de la tierra. Al ser ésta un elemento limitado, necesario al campesino para su supervivencia, tiende a presentar un precio de mercado superior a la capitalización de su rentabilidad estrictamente económica. Tal precio «hace casi imposible la concentración de tierras en grandes explotaciones, que es la condición de la producción agrícola capitalista de forma tradicional» (21). «El hecho es que el régimen actual de la propiedad de la tierra constituye un obstáculo casi absoluto a una concentración generalizada de la explotación» (22). Uniendo a éste los elementos señalados en el punto anterior, Servolin concluye que «la conservación de la pequeña producción mercantil resulta de condiciones totalmente precisas e imperativas, en particular de la «doble barrera» que la propiedad privada de la tierra y la especificidad del proceso de trabajo

(20) No es nuestra intención hacer aquí la crítica de las argumentaciones que presentamos, sino que éstas nos sirvan de base para una contrastación empírica. A pesar de ello no podemos dejar de señalar que el párrafo que citamos refleja exclusivamente una afirmación y una *creencia* de su autor, sin que en ninguna parte presente una prueba de la misma. Su afirmación se basa en dar por bueno un aspecto anteriormente presentado: «Si se admite...» que tampoco ha sido debidamente fundamentado. La mera repetición afirmativa no nos parece suficiente para fundamentar un aspecto polémico y en el que basara esencialmente toda su argumentación. Además, ¿qué quiere decir a «nivel técnico igual»? Evidentemente, a nivel técnico igual, la productividad será igual. Lo que se trata de observar es si se puede alcanzar en la pequeña y en la gran explotación ese «nivel técnico igual».

(21) Servolin, pág. 52.

(22) Servolin, pág. 65.

en la agricultura oponen a la penetración directa del capitalismo en la producción agrícola» (23).

4. No pueden estos autores ignorar otro elemento de importancia crucial en el mantenimiento de las pequeñas explotaciones: el Estado. Y así Servolin señala que han existido razones políticas que han llevado a los estados a sostener a las pequeñas explotaciones mediante el proteccionismo y otros apoyos oficiales. Hacia fines del siglo XIX, en Francia, por ejemplo: «La gran explotación había decepcionado. Ya no atraía a los capitalistas. Por otra parte, su generalización hubiera presentado un gran peligro político. La elección de la política de protección para la pequeña explotación, por los poderes públicos, el contrato de apoyo mutuo realizado entre las clases dirigentes y el pequeño campesinado era perfectamente lógico» (24). Postal-Vinay, aunque considera que el proteccionismo es impulsado por los intereses, y la debilidad, de las grandes explotaciones, acepta también las razones políticas de apoyo a las pequeñas explotaciones». Respecto al sector agrícola, estos rápidos progresos (hacia la gran explotación y su industrialización) se detienen en la Comuna, y el maltusianismo bien conocido de la burguesía francesa aparece entonces. Después de este gran miedo, ésta decide anular o retrasar fuertemente el desarrollo de su propio modelo de producción, anulando o frenando fuertemente la expropiación de los campesinos pobres. La alianza con el campesinado se convierte en una orientación privilegiada de su política. El «subdesarrollo» del capitalismo, en este caso, ha sido libremente elegido» (25). «Mientras que una política de *laissez faire conduciría directamente al capitalismo agrario... el Estado busca el mantener un artesanado agrícola, si bien un artesanado nuevo*» (26).

5. Probablemente el punto más interesante, en nuestra opinión, de la argumentación de estos autores, más explícita y elaborada en Servolin y Lebossé/Ouisse que en Postal-

(23) Servolin, pág. 66.

(24) Servolin, pág. 46.

(25) Postal-Vinay, págs. 155-156.

(26) Lebossé/Ouisse, pág. 15. El subrayado es nuestro.

Vinay, reside en el aspecto siguiente: la pequeña explotación puede afrontar las crisis agrícolas y la competencia de las explotaciones capitalistas merced al carácter no empresarial de aquéllas, gracias a su carácter de pequeña producción mercantil. Según esto, el pequeño explotador individual busca únicamente una remuneración a su trabajo «sin preocuparse de la renta o de la tasa de beneficio» (27). De acuerdo con el modo de producción mercantil, «el objetivo de la producción no es la puesta en valor de un capital y la obtención de un beneficio, sino la subsistencia del trabajador y su familia, y la reproducción de los medios de producción necesarios para asegurarla» (28). Dispuesto a aceptar una menor remuneración total por su producto que la de la gran explotación, lógicamente el campesino se halla en condiciones de afrontar la competencia que aquélla presenta. «Se puede concluir que, en una agricultura de pequeña producción mercantil, los precios son menos elevados de lo que serían si la producción se hiciese con las condiciones del capitalismo. Para que fuese de otro modo, sería preciso que el modo de producción capitalista estuviese en condiciones de provocar una «revolución» en el valor por la aplicación de técnicas de producción radicalmente inaccesibles a la pequeña explotación» (29). Y ya sabemos que Servolin no considera que esta situación vaya a producirse. «Así, la producción agrícola, donde predomina la pequeña producción mercantil, opone una doble barrera a la penetración de la producción capitalista. Primero, la propiedad privada de la tierra... Después, el nivel de precios de mercado que no puede asegurar un beneficio medio a un productor capitalista, incluso poseyendo una productividad del trabajo superior a la del pequeño productor» (30). «En fin, frente al mercado, la «superioridad» de las grandes granjas capitalistas está todavía disminuida por la exigencia de un beneficio medio y

(27) De nuevo detectamos aquí cierta incoherencia lógica en el argumento de estos autores. Si el primero de los puntos que hemos indicado —comparable eficiencia técnica de las pequeñas y grandes explotaciones— es real, no se entiende la necesidad de que aquélla tenga que renunciar a la renta y al beneficio para poder competir con ésta.

(28) Servolin, pág. 51.

(29) Servolin, pág. 54.

(30) Servolin, pág. 55.

regular, exigencia que no presenta la pequeña producción mercantil» (31).

También Lebossé y Ouisse participan de esta opinión: «El objetivo perseguido por el agricultor artesano: trabaja para subvenir a sus necesidades y su producto debe globalmente cubrir sus necesidades inmediatas y los avances que le permitan continuar su actividad como trabajador independiente... No busca, en sí, el enriquecimiento por el cambio: este cambio es para él un medio y no un fin... El agricultor-artesano aceptará el producir a precios de mercado inferiores a sus costos de producción calculados según lo hacen los empresarios capitalistas. De hecho, este fenómeno de los precios asegurará la realización de una transferencia de plusvalía»... (32).

Basándonos en los puntos que acabamos de señalar, estos autores concluirán que «...en la agricultura de los países occidentales, entre 1880 y 1950, el estancamiento de las fuerzas productivas, por una parte, la influencia de los factores políticos e ideológicos, por otra, han contrabalanceado la tendencia a la disolución de la pequeña explotación mercantil agrícola» (33). El proceso de absorción de la producción agrícola por el capitalismo «no se realizará, por lo menos en los próximos decenios, por la disolución de la pequeña producción mercantil, sino, al contrario, tomará la forma de una nueva reestructuración de ésta y de las modalidades de su coexistencia con el modo de producción capitalista» (34).

Comienza entonces en Europa del Oeste, bajo la égida de una política agrícola proteccionista, un largo período de coexistencia de la agricultura capitalista y de la agricultura de la pequeña producción mercantil. Será, por tanto, necesario buscar en otras líneas de análisis «cómo las pequeñas explotaciones se han adaptado a las exigencias del capitalismo y de determinar en qué ha sido afectado el modo de

(31) Postal-Vinay, pág. 153.

(32) Lebossé-Ouisse, págs. 147-148-171.

(33) Servolin, pág. 71.

(34) Servolin, pág. 51.

producción que ellas representan» (35), porque, «después de lo que hemos expuesto no podemos mantener la explicación tradicional que atribuye precisamente esta evolución a la competencia de la producción agrícola capitalista» (36).

Para Postal-Vinay, la formación de grandes explotaciones es únicamente una forma específica de la absorción por el capitalismo de la esfera agrícola, que ha tenido lugar en un determinado momento histórico, pero que no supone un proceso generalizable, universal y único. Su libro consiste precisamente en la exposición de esta especificidad del proceso de transformación de la agricultura en las condiciones concretas de la región francesa del Soissonnais, mediante un amplio estudio histórico dividido en cuatro etapas que se inician en los siglos XV y XVI y terminan en nuestros días. En esta región, según el autor, la articulación del modo de producción feudal con el modo de producción capitalista produce como resultado la gran empresa capitalista, cuyas características están determinadas por el modo *singular* de combinación de estas dos relaciones de producción, combinación que ella misma se modifica por etapas. «Estas grandes explotaciones capitalistas no se han formado por un proceso de concentración en el seno de unidades de producción mercantil en competencia, sino por la transformación, a causa de las contradicciones del modo de producción anterior, de las grandes unidades de producción que han logrado un beneficio de cierta combinación de relaciones de producción existentes; ellas mantienen, en contrapartida, una forma particular de capitalismo, que conservan una serie de riesgos atípicos en el interior del capitalismo dominante» (37). Por tanto, hay que señalar la impropiedad, o por lo menos la ambigüedad, de la concepción de la economía política que veía en estas grandes granjas la vía «clásica» del desarrollo del capitalismo en la agricultura... Si se considera que esta forma de capitalismo en la agricultura es «clásica» en cuanto que representaría la forma ideal y acabada de este modo de producción en la esfera agrícola,

(35) Servolin, pág. 55.

(36) Postal-Vinay, pág. 250.

(37) Postal-Vinay, pág. 250.

y que, por tanto, sería un modelo que seguiría más o menos directamente este modo de producción en el proceso por el cual se absorbe la agricultura, entonces se hace una representación profundamente impropia» (38).

Postal-Vinay no continúa estudiando las nuevas formas en las que se producirá la inserción del capitalismo en la agricultura. Su objetivo termina cuando cree haber demostrado que las grandes granjas no son la forma típica de absorción por el capitalismo de la esfera agraria. Servolin lleva su análisis más lejos y trata de descubrir las nuevas formas en que esta absorción se producirá. En esta parte incluiremos también el planteamiento que sobre este particular hace Lisovskij, a quien hasta ahora no hemos mencionado, ya que éste no estudia las razones para la sobrevivencia de las pequeñas explotaciones.

Para Servolin «es el ejercicio mismo de sus propios presupuestos en el seno de una formación social totalmente organizada por el capitalismo industrial lo que ha obligado a la pequeña producción agrícola a una evolución rápida y profunda...» (39). Pero ésta no llevará necesariamente a la transformación en grandes explotaciones. Según Servolin, el capitalismo industrial produce dos efectos en la pequeña explotación agraria: Por una parte, el pequeño productor mercantil necesita una cantidad constantemente creciente de dinero para su subsistencia, el mantenimiento de un standard de vida comparativo con otras capas sociales y, especialmente, la reproducción de sus medios de producción. Los precios de sus productos, sin embargo, disminuyen. Esto fuerza a la intensificación y diversificación de su

(38) Postal-Vinay, pág. 251.

(39) Esta afirmación nos dice muy poco. En toda evolución son las necesidades de sobrevivencia del sujeto de decisión económico las que determinan su dinámica. Lo que ocurre es que estas necesidades de sobrevivencia pueden, y suelen, estar fuertemente determinadas por la evolución de otros entes de decisión de mayor importancia. Así el pequeño taller artesanal desaparece también «por ejercicio de sus propios presupuestos...», que hace más visible para su propietario convertirse en trabajador asalariado que mantener su empresa frente a la competencia de la gran industria... Evidentemente, también la pequeña explotación evolucionará por el ejercicio de sus propios presupuestos. Lo que se trata es de descubrir qué elementos externos la condicionan y en qué dirección éstos van a impulsar su evolución. Lo que Servolin quiere afirmar es que esta evolución no se dirige hacia el establecimiento de grandes empresas agrícolas.

producción y, por tanto, a la intensificación de su trabajo y el de los miembros de su familia. Por la otra, dado que el precio de sus productos es inferior al valor medio de producción, cada productor tiene que buscar el aumento de su productividad por encima de la media, lo que lleva a buscar sin cesar nuevas técnicas y desarrollar y mejorar sus medios de producción. Servolin añade que «esto no puede lograrse más que por la adopción de métodos de producción científicos y recurriendo cada vez más a medios de producción de origen industrial que solamente pueden ser financiados por el crédito. Por otra parte, estos métodos y estos medios de producción *no pueden ser aplicados eficazmente más que si el agricultor dispone de una superficie mínima de tierra. Tendrá, por tanto, que buscar sin cesar el ampliar su explotación por el alquiler y la compra de nuevas tierras*» (40).

Este último párrafo está tan claramente en contradicción con la postura del autor que, para aclararlo, se ve obligado a añadir: «Cada productor debe ser capaz de realizar una reproducción ampliada de sus medios de producción. Pero esto no hace de él un capitalista, ya que no puede rentabilizar este capital productivo a la tasa de beneficio medio y que le basta para continuar en la producción el ganar lo suficiente para amortizarlo, además de sus gastos de producción y subsistencia» (41).

Aduce también que el continuo aumento de productividad causará una disminución todavía mayor de los precios agrícolas y una disminución de la población activa en la agricultura. De esta forma puede el sector agrícola suministrar mano de obra a los demás sectores sin necesidad de destruirse a sí mismo. Se establece así una coexistencia

(40) Servolin, pág. 56. El subrayado es nuestro.

(41) Servolin, pág. 56. Este razonamiento nos parece de nuevo totalmente circular y no fundamentado. Parte simplemente de una afirmación de que el pequeño agricultor se mantiene como tal porque está dispuesto a trabajar en régimen de pequeña producción mercantil, sin obtener un beneficio de su capital. Simplemente se afirma; no nos parece que la afirmación está ni remotamente probada; lo que sucede es que es la única salida que le permite mantener su postura. Pero es «que, además, continúa ahora afirmando que el pequeño productor mercantil está dispuesto a ampliar su escala de explotación, a invertir, a entrar en el ciclo de la reproducción aplicada, también sin buscar un beneficio a su capital, simplemente porque no puede rentabilizar este capital productivo»... Nos parece llevar demasiado lejos sus afirmaciones.

entre los dos modos de producción, pequeña producción mercantil o artesanal y el modo de producción capitalista, coexistencia que, según su autor, no constituye un período de transición, sino que es estable. «Este proceso (de absorción de la agricultura por el capitalismo) no se realizará, *por lo menos en las próximas décadas*, por la disolución de la pequeña producción mercantil, sino que, al contrario, tomará la forma de una nueva reestructuración de ésta y de las modalidades de su coexistencia con el modo de producción capitalista» (42).

En esta coexistencia con el modo de producción capitalista, el nivel de precios de los factores y el de venta de sus productos reviste para el pequeño productor una importancia vital. Y aquí surge con toda su fuerza el papel crucial que, como ya hemos señalado, desempeña el Estado en la coexistencia de los dos modos de producción: «Determinando en gran parte el valor de la fuerza de trabajo, el precio de los productos alimenticios es verdaderamente «un asunto de Estado». Si es verdad que una agricultura de pequeña producción mercantil suministra estos productos al precio más bajo posible es natural que el Estado organice y arbitre su coexistencia con el modo de producción capitalista en interés de éste. Vigilará, por tanto, constantemente para que las absorciones de valor operadas a expensas del modo de producción mercantil no vayan hasta eliminar el ingreso mínimo necesario para los pequeños productores y a desanimar la producción. Dado que los precios pagados a los agricultores son los determinantes principales de la remuneración de su trabajo, es lógico que el sostén y regularización de precios hayan sido hasta ahora el elemento principal de toda política agrícola en los países de la Europa del Oeste» (43). Interpretando muy liberalmente no solamente esta cita, sino su visión acerca de las razones políticas que impulsan al Estado al mantenimiento de las pequeñas explotaciones (ver pág. 60), podría señalar que es el esfuerzo deliberado del Estado únicamente el que permite mantenerse a las pequeñas explotaciones agrícolas. Apoyo no sola-

(42) Servolin, pág. 71. El subrayado es nuestro.

(43) *Ibidem*, pág. 58.

mente vinculado al mantenimiento de un bajo valor para la fuerza del trabajo industrial, sino también a razones directamente políticas respecto a la convivencia de la existencia de una clase campesina pequeño burguesa de signo claramente conservador. Añádase a esto que es imposible subvencionar a las grandes empresas agrícolas vía precios sin hacer también a las pequeñas beneficiarias de la subvención (44) y se podrá apreciar todavía más claramente el papel absolutamente fundamental que el Estado tiene en el mantenimiento de la pequeña explotación. «Nos encontramos que en la formación social francesa, y en todas las formaciones sociales del mismo tipo, es el Estado el que se encarga de asegurar el funcionamiento armonioso y la reproducción de la coexistencia entre los dos modos de producción» (45).

Resumiendo: que la sobrevivencia de la pequeña explotación agrícola en el sistema capitalista industrial requiere un constante y creciente aumento de productividad e intensidad de explotación y del trabajo familiar, que esto supone el endeudamiento creciente del pequeño agricultor y la aceptación por su parte de trabajar sin obtener un beneficio a su capital, sino solamente, y trabajosamente, obtener su propio mantenimiento y reproducción del sistema. Para ello el Estado habrá de fijar unos precios agrícolas lo más baratos posible, pero, simultáneamente, que no supongan tal nivel de explotación que le dificulten el ingreso mínimo necesario para los pequeños productores y un desincentivo para la producción. De este modo el sector capitalista de la economía podrá absorber gran parte del valor generado en el sector agrícola, tanto por medio de los precios de los inputs, y especialmente del precio del dinero necesario para adquirirlos, como mediante la obtención de productos agrícolas a precio inferior de su valor. El pequeño empresario se verá así reducido a percibir por su actuación económica únicamente unos ingresos fijos y poco elevados, correspondientes estrictamente a un salario en otros sectores.

(44) Según Servolin, el mecanismo funciona de manera inversa: «... la política de precios ha sido en Francia falseada por el hecho de que en materia de productos vegetales se ha aplicado a la vez a la pequeña explotación y a la grande que reclamaba también protección». Pág. 58.

(45) Servolin, pág. 58.

«En cuanto a los productores, muchos se contentan con obtener como producto de su explotación «un salario» —que comparan fácilmente con el salario mínimo interprofesional—. Los productores aceptan con relativa facilidad esta situación porque, como ya lo hemos indicado más arriba, han sido preparados para ello por la lógica de la pequeña producción mercantil» (46).

Con este planteamiento nos sentiremos inclinados a aceptar la visión «cínica» que precisa el autor americano G. L. Johnson acerca de la pequeña explotación: «Un cínico podría afirmar que la explotación familiar es una institución que funciona para llevar a las familias de los pequeños empresarios agrarios a suministrar una gran cantidad de trabajo y de capital a un nivel inferior a lo que es normal, a fin de proporcionar a la economía productos agrícolas a bajo precio» (47). Solamente nos preguntamos, ¿y cuál es el mecanismo, económico, político, ideológico, que fuerza a los campesinos a ocupar tan ingrato papel? No olvidemos que estamos refiriéndonos a economías desarrolladas donde existen otras oportunidades de ocupación...

Los pequeños productores aceptan y se mantienen establemente en el sistema porque *por hipótesis* han aceptado trabajar únicamente por su mantenimiento y reproducción. «Así, en la búsqueda de la reproducción de su modo de producción, los pequeños agricultores vienen a establecerse más y más completamente en una situación perfectamente opuesta a la que tenían intención de perpetuar y contradictoria con los presupuestos mismos de la pequeña producción mercantil. Su esfuerzo por mantener el dominio de sus condiciones de trabajo es lo que les conduce a trabajar para la puesta en valor de un capital productivo que no les pertenece, es su deseo de recibir el valor del producto de su trabajo en el intercambio, lo que tiende a reducir a la simple venta de su fuerza de trabajo» (48), si bien el propio autor señala que este proceso no hace del productor un trabajador «libre» completamente separado de sus medios de produc-

(46) Servolin, pág. 72.

(47) G. L. Johnson, citado por Servolin.

(48) Servolin, pág. 73.

ción. El modo de producción capitalista ha logrado imponer un sistema por el cual el pequeño productor agrícola genera una plusvalía para aquél, y además le permite traspasar el riesgo empresarial, la incertidumbre, la carga de la obsolescencia rápida del equipamiento y el peso del precio de la tierra al pequeño productor agrícola, que ha sido reducido a un mero eslabón, totalmente dependiente del sistema capitalista de producción.

Avanzando un paso más que Servolin en esta línea, Lebossé y Ouisse concluirán que: «La tesis que sostenemos trata de mostrar que la agricultura artesanal, integrada en un complejo alimenticio y controlada por el Estado capitalista, sirve mejor a los intereses esenciales de los capitalistas, y que el mantenimiento de este tipo de agricultura es una evolución deseada y durable... Nuestro objetivo es mostrar que, en todos los dominios agrícolas, el mantenimiento de un artesanado transformado permite, en las condiciones actuales, una explotación mayor en beneficio del sector capitalista, es decir, una transferencia de valor mayor que la explotación directa de una fuerza de trabajo asalariada en una agricultura capitalista» (49).

Para completar el análisis de Servolin, solamente nos falta mencionar que, como corolario del mismo, el autor considera que no se produce una lucha de clases en el dominio agrícola. Por una parte, considera haber ilustrado que «no hay que oponer esquemáticamente al productor autónomo y al trabajador asalariado, ya que ambos status del productor no son más que los dos términos de una alternativa. A medida que se desarrolla el capital, ambos aparecen como el principio y el fin último del proceso de sumisión del trabajo al capital» (50). Por otra parte, tampoco considera que puede darse una confrontación entre las explotaciones grandes y pequeñas: «Si nuestro razonamiento es exacto, no hay que reanimar el debate sobre la competencia entre la pequeña y la gran explotación, puesto que todo parece demostrar que no hay dominio ni explotación

(49) Cavailhes, pág. 133.

(50) Servolin, pág. 73.

directa de una por la otra» (51). «Se deduce que el antagonismo de clases de los dos grupos para expresarse debe pasar por la mediación de la clase a que respectivamente pertenecen en la sociedad global: *No hay lucha de clases específicamente agrícola*» (52). «En estas condiciones se puede decir que las dos categorías de empresarios son profundamente distintas por su status económico, por el lugar que ocupan en las relaciones de producción del modo de producción capitalista. Pero en tanto que empresarios agrícolas, sus intereses, aunque distintos, no son directamente antagonistas. Aunque los unos sean capitalistas evidentemente, y los otros posean algunas de las características más importantes del proletariado, no hay entre ellos esa relación directa de explotación que constituye la lucha de clases» (53).

Toda la argumentación de Servolin, así como Lebossé y Ouisse, propugna que dado que el capitalismo ha encontrado un sistema de absorción de la agricultura que no implica el desarrollo de las grandes explotaciones, las pequeñas explotaciones agrarias —tanto más favorables al capitalismo que las grandes, según Lebossé y Ouisse— constituyen estructuras de producción permanentes y estables. Complementarias del sistema capitalista general, y no compitiendo con las grandes explotaciones, juntas forman un sector agrario no homogéneo, pero tampoco antagónico en su interior. Queda así justificada la existencia de los dos tipos de explotaciones, tanto en su vertiente interna como externa del propio sector, quedando éste constituido por una especie de sistema «dual» de unidades de producción: las grandes empresas, capitalistas propiamente dichas, y las pequeñas unidades artesanales del pequeño modo de producción mercantil. En una cuasi perfecta simbiosis de ambas se establecerá el sistema, coexistiendo empresas de gran dimensión y fuertemente mecanizadas con explotaciones familiares, también mecanizadas y con un alto coeficiente de inversión y productividad que, sin embargo, tendrán que «compensar» su

(51) Servolin, pág. 75.

(52) Servolin, pág. 77.

(53) Servolin, pág. 76.

desventaja productiva respecto a las más grandes por su aceptación de unos ingresos y un sistema que les reduce a la simple venta de su fuerza de trabajo, prácticamente de trabajadores a domicilio. Y consideran que este sistema, esta dualidad, es estable y permanente por lo menos «en las próximas décadas».

Lisovskij

Este autor presenta una línea de análisis sustancialmente distinta tanto a Kautsky como a Servolín y los demás autores que hemos comentado. Para Lisovskij la discusión grande o pequeña explotación no parece tener importancia alguna, puesto que en ningún momento de su trabajo se refiere a este problema. El trata de detectar las formas en que la agricultura es integrada en el circuito del capital monopolista y su tratamiento presenta una óptica más «macroeconómica», donde la cuestión del carácter de la explotación merece escasa atención. En términos generales podría afirmarse que este autor acepta que se está produciendo el proceso de concentración de las explotaciones, dado que considera que el grueso del producto agrícola es suministrado por las grandes empresas capitalistas, así como que son éstas únicamente las que tienen poder para influir en los precios, pero no es la cuestión de la dimensión la que le preocupa. En su exposición estudia precisamente las fuerzas que actuarán para modelar las explotaciones agrarias de acuerdo con los intereses del capitalismo, especialmente en su fase monopolista. Y de su artículo se deduce que éstas llevan a las explotaciones a constituirse en unidades de producción totalmente orientadas al mercado, con su objetivo de rentabilidad, con medios técnicos de producción altamente avanzados y fuerte intensidad productiva. La dimensión en sí misma no es el elemento más importante (54), sino que son los demás aspectos mencionados los que determinan el carácter capitalista de las explotaciones. Únicamente las explotaciones que recojan, que incorporen, estos nuevos

(54) Sería necesario precisar que tampoco para Kautsky es la dimensión el aspecto fundamental, sino en tanto en cuanto ésta permitirá la «industrialización» de la actividad agraria.

sistemas de producción serán las que puedan sobrevivir, puesto que son las únicas que son útiles al capitalismo monopolista que constituye la fuerza social dominante. «En estos países la agricultura se desarrolla rápidamente, adopta el método intensivo, se mecaniza y —aunque sea de modo irregular, con el acompañamiento de todo un doloroso proceso social y económico y con la rotura de la estructura campesina tradicional— pasa a una forma nueva, moderna, de industrialización de la producción agrícola fundada en un sistema de máquinas y una automatización parcial o total» (55). Pero estudiemos con más detalle la argumentación de Lisovskij.

Para este autor la relación entre la agricultura y la industria se ha ido modificando en el curso del desarrollo histórico. «Durante un largo período la agricultura ha representado para la industria principalmente una fuente de suministro de productos alimenticios y materias primas, además de una reserva de mano de obra....» pero «... a medida que se va desarrollando el capitalismo, algunos procesos de la agricultura —aquellos que se refieren a la transformación de productos agrícolas— van destacándose y separándose de ella, convirtiéndose gradualmente en sectores industriales. La esfera de productos propiamente agrícola se restringe continuamente» (56). Estos procesos han continuado de forma cada vez más intensa en la fase del capitalismo monopolista. Pero en esta nueva fase han adquirido nuevo contenido y nuevas formas, comenzando a influir en la agricultura de modo completamente distinto. ¿Cómo se produce la absorción de la agricultura por la industria en la fase de capitalismo monopolista?

La evolución del sector agrícola en cualquier época histórica solamente puede entenderse analizando la dinámica de conjunto del sistema económico. La agricultura constituye una parte del mismo y su evolución dependerá del desarrollo de aquéllos. Los lazos siempre más complejos y estrechos del sector agrario con los otros sectores económi-

(55) Lisovskij, pág. 350.

(56) Lisovskij, pág. 345. De nuevo tenemos que señalar que Kautsky fija el comienzo de este proceso en la aparición de la pequeña industria urbana.

cos, y la tendencia a una unidad creciente con todo el organismo económico, hacen que si el progreso de la agricultura sólo es posible, hoy más que nunca, sólo en el ámbito del desarrollo del sistema económico en su totalidad, mientras que, viceversa, el desarrollo normal de toda la economía es inconcebible en condiciones de recesión, inmovilidad o degradación del sector agrario (57). Durante ciertas épocas el sector agrario habrá podido permanecer relativamente aislado y aun autárquico respecto al resto del sistema, porque las necesidades del conjunto no requerían otro tipo de articulación de aquel sector con la totalidad. Pero esta situación cambiará tan pronto como las necesidades del sistema general lo requieran. Al igual que el resto de las fuerzas productivas estará dominado por, y su actividad dirigida a favorecer, los intereses de los grupos dominantes. Solamente partiendo de este contexto general puede interpretarse la evolución de cualquier fuerza económica «... en las condiciones de una economía desarrollada, estudiar el desarrollo de la agricultura separado del sistema económico en su totalidad, es imposible. Su relación con toda la economía es hoy tan intensa y orgánica que es difícil establecer dónde termina la agricultura y comienza la industria....» (58).

Como primer elemento a considerar hay que tener en cuenta las diferencias entre la agricultura y la industria: «Existe una profunda diferencia entre el método y la forma de subordinación al dominio del capital monopolístico de la esfera de la producción industrial, por una parte, y la agricultura, por la otra» (59). «En el interior del sector agrícola la lucha concurrencial en el verdadero sentido de la palabra está limitada a un grupo de grandes haciendas capitalistas que suministran al mercado el grueso del producto y, en consecuencia, juegan un papel determinado en el proceso de formación de los precios. En cuanto a la masa de las pequeñas y medias haciendas, en las condiciones actuales de la economía capitalista, y a consecuencia de su escasa

(57) Lisovskij, pág. 347.

(58) Lisovskij, pág. 348.

(59) Lisovskij, pág. 347.

eficiencia económica, no pueden tener una participación directa en el proceso en calidad de fuerza activa. La única estrategia de estas haciendas consiste en la aspiración de conservar su propia existencia en cuanto a unidad económica» (60). Esta estructura no hacía demasiado atractivo para el capital el intervenir directamente en el sector: «Hasta un cierto estadio (de desarrollo) el capital financiero no ha estado directamente interesado en penetrar en la esfera de la producción agrícola y en reorganizarla, pero la aguda necesidad de aquél, por una parte, de movilizar todo el mercado, y las nuevas posibilidades que ofrece la agricultura mediante el paso a una mecanización compleja, han inducido al monopolio a ocuparse de la producción agrícola intentando reorganizarla y asumir su control». De aquí que «el contenido fundamental de la transformación experimentada en la posguerra por la agricultura europea ha consistido principalmente en una notable intensificación de la penetración del capital monopolístico en la producción agrícola, además del aumento del peso específico de la gran hacienda capitalista mecanizada» (61).

Sin embargo, el monopolio no actuará en forma de productor directo, contrariamente a lo que supone Kautsky, sino que «el capital monopolístico conquista el dominio de la agricultura con otros medios, por así decirlo, externos, mediante su apropiación y asunción del control de los canales vitalmente importantes para la producción agraria, sus canales de relación con otras esferas económicas» (62). Esta forma de integración del sector agrícola a los intereses del capital se producirá mediante dos procesos simultáneos. Por una parte, el progreso técnico y la evolución del propio sector agrícola fuerzan a éste a comprar masivamente del sector industrial los *inputs* necesarios a su explotación. La agricultura se convierte, por tanto, en un importantísimo mercado del sector industrial, el cual, además, mediante el alto precio de monopolio fijado para sus productos, obtiene de aquélla un alto beneficio. Entre los *inputs* que la agricul-

(60) Lisovskij, pág. 348.

(61) Lisovskij, pág. 348.

(62) Lisovskij, pág. 349.

tura precisa de los otros sectores hay que destacar la importancia de los medios financieros necesarios para la obtención del creciente nivel de progreso tecnológico. Por otra parte, las industrias de productos agrícolas se convierten en el principal mercado de la agricultura y absorben cada día mayores proporciones de la producción del mismo, pudiendo determinar no solamente sus precios de adquisición, sino las variedades a producir, las calidades y hasta los mismos procesos y técnicas de producción. La agricultura se encuentra, por tanto, en una subordinación creciente, comprimida entre ambos tipos de elementos, de modo tal que el capitalismo monopolista puede absorber prácticamente la totalidad del excedente producido en la agricultura, al mismo tiempo que logra la realización de la plusvalía incorporada en su propia producción. «Actualmente el sector agrario representa la reserva del sector industrial no tanto como reserva de mano de obra y suministradora de alimentos, sino más bien como un gran mercado en rápida expansión» (63). El desarrollo de la agricultura se ha revelado necesario no tanto por sí mismo, sino más bien para el desarrollo de todo el sistema económico en su complejidad y, sobre todo, para beneficio del monopolio en el período de expansión económica.

No es extraño, por tanto, que Lisovskij precise que «el ingreso del capitalismo europeo en el estadio monopolístico no ha sido favorable a la situación de la agricultura. La potencia monopolística se encuentra frente a una masa de medios pequeños y pequeñísimos propietarios y haciendas de tipo campesino y capitalista individual, aislados unos de otros e incapaces de ofrecer una resistencia eficaz al coloso del capitalismo monopolista financiero» (64). «La tendencia general es hacia la intensificación de esta doble subordinación de la agricultura a los otros sectores de la agricultura y hacia la gradual reducción de su esfera de actividad entre límites cada vez más estrechos» (65).

Pero la subordinación de la agricultura no se limita úni-

(63) Lisovskij, pág. 350.

(64) Lisovskij, pág. 352.

(65) Lisovskij, pág. 355.

camente a los aspectos, ya muy importantes, que hemos mencionado, sino que, además, «el problema de la subordinación de la agricultura a la industria hoy no se limita a la relación formal entre los precios de las mercancías vendidas y las compradas por la agricultura. En la base del proceso de subordinación de la agricultura a la industria está la velocidad de circulación del capital, que en la industria es mucho más alta que en la agricultura, donde es frenada por el ciclo biológico-natural y el monopolio de la propiedad territorial. La intensa circulación del capital en la industria asegura velocidades más elevadas de acumulación y de inversión, y, en consecuencia, una mayor rapidez del proceso de reproducción ampliada. Actualmente la subordinación de la agricultura a la industria se expresa en el hecho de que el sector agrario va perdiendo cada vez más la propia autonomía y la propia capacidad de dirigir su propio mecanismo interno de acumulación y de inversión de capitales» (66). De tal modo, el progreso de la agricultura y de su orientación productiva viene subordinada en medida creciente a la estrategia monopolística de los sectores más potentes de los monopolios industriales.

Este dominio obligará a una relación mucho más intensa entre los sectores, integrando mucho más estrechamente la agricultura al ritmo general del desarrollo del capitalismo. Se rompe el círculo autárquico del sector agrícola y «la relación agricultura-industria se presenta como un proceso cada vez más intenso de compenetración de los dos sectores y de su contenido económico, mientras aumenta el dominio técnico-económico de la industria sobre la agricultura...» «En el curso de tal integración se establece una única circulación de capital en el ámbito del proceso común de desarrollo del capitalismo en la economía.» «La economía se inserta de tal modo en el sistema general de la economía capitalista que deviene siempre más “económicamente homogénea” en relación con los otros elementos, a medida que las condiciones tecnológicas, económicas y organizativas de la producción, del mercado, de la circulación y la acumulación del capital en la parte más progresiva de la agricultura se

(66) Lisovskij, pág. 356.

acerca a las condiciones ya dominantes en otros sectores de la economía capitalista» (67).

Paralelamente a tal unificación del mecanismo económico se produce una modificación de la psicología empresarial reflejando la modificación técnico-económica que interviene en la agricultura y que lleva a eliminar la diferencia entre la actividad empresarial agrícola y la de los otros sectores (68). Es tal ya el ensamblaje entre los sectores, y la asimilación de los objetivos de la actividad económica en ellos que «es hoy imposible —en las condiciones de una agricultura desarrollada— estudiar el desarrollo de la agricultura separado del sistema económico en toda su complejidad» (69).

Reconoce también Lisovskij la importancia del papel del Estado en el proceso que analiza: «Enorme y determinante es el papel del Estado en el campo de las relaciones entre la agricultura y la industria. Tendiendo a asegurar, en la medida de lo posible, un desarrollo proporcional de todos los sectores de la economía, el Estado sostiene artificialmente al sector agrario, que es tradicionalmente el más débil» (70). Esto supone «que la parte de los fondos estables de subsidio a la agricultura estén en constante aumento» y que «la contradicción de tal política agraria (apoyo) consiste en particular que el estado burgués, mientras proclama abiertamente lo antieconómico de las pequeñas haciendas campesinas y considera natural y avanzada su liquidación masiva y el éxodo de los campesinos a la ciudad, al mismo tiempo adopta en la práctica una serie de medidas que contribuyen a sostener y conservar estas haciendas campesinas. Naturalmente, tal procedimiento de intervención estatal está determinado principalmente por una exigencia general del sistema capitalista: la de la necesidad de conservar el equilibrio económico y social. Estos procedimientos aseguran ventajas innumerables al grupo monopolístico y a las grandes haciendas, pero, al mismo tiempo, estas medidas y normas de intervención estatal aseguran a las pequeñas haciendas

(67) Lisovskij, pág. 353.

(68) Lisovskij, pág. 354.

(69) Lisovskij, pág. 354.

(70) Lisovskij, pág. 358.

campesinas cierta posibilidad de no morir, de mantenerse» (71).

Dejaremos al propio Lisovskij que haga el resumen de su argumento:

«Las etapas de la evolución de la economía agrícola en su desarrollo histórico pueden configurarse del modo siguiente: de la masa homogénea de las economías naturales campesinas, cada una de las cuales contenía en forma embrionaria todos los elementos de la economía moderna, a través del desarrollo de las relaciones de mercado se avanzó a la formación de un mercado nacional, a la consecución, por decirlo así, de una unidad económico-territorial. Pero ésta es solamente la primera fase del movimiento objetivo hacia la unidad, una fase que estaba caracterizada por el desarrollo todavía débil de las relaciones intersectoriales, mientras dominaban, más o menos, las relaciones de mercado libre. La etapa siguiente, actual, de esta evolución, ligada al nacimiento y al desarrollo rápido de los monopolios y de la forma de capitalismo monopolista de Estado, ha estado caracterizada por la enorme amplitud, profundización y complicación de las relaciones intersectoriales, de la inserción de la agricultura en el complejo unitario orgánico y de la pérdida de autonomía. En esta etapa se establece no solamente la unidad territorial por el trámite del mercado nacional, sino una unidad económica orgánica, una penetración de todos los sectores de la economía nacional. Estos procesos son acompañados de una intervención activa en la producción agrícola del capital financiero, que en una determinada etapa de la evolución del sistema económico se interesa en una reorganización de la agricultura en la dirección que a él le resulta necesaria.

Actualmente la agricultura de los países capitalistas no se presenta más como una masa homogénea de pequeñas haciendas aisladas. Bajo el influjo de varias fuerzas y fermentos coagulantes, en esta masa homogénea se han cristalizado y continúan cristalizándose formaciones más o menos grandes... Estas tendencias muy diversas (agrobussiness,

(71) Lisovskij, pág. 360.

cooperativas, economías de grupo...) tienen en común el hecho de que de una forma u otra estimulan la «coagulación», la unión de los elementos simples de la producción agraria, creando el terreno para la formación de una agricultura moderna, con un alto grado de concentración del capital y de desarrollo de los métodos industriales. En los países capitalistas, la agricultura se encuentra en fase de rápido desarrollo: la evolución de tal desarrollo tendrá que coincidir con el final de la agricultura como sector autónomo de la economía y su inclusión en el sistema económico bajo la égida del capital financiero» (72).

Lenin, interpretado por Cavailhes

Para completar nuestra exposición acerca de la evolución de la agricultura, resumimos a continuación el trabajo de J. Cavailhes mencionado en la bibliografía. Este autor aduce que su interpretación es la que se desprende de una correcta lectura de Lenin acerca de este tema.

Cavailhes considera que se ha concedido escasa e inadecuada atención al análisis que Lenin hizo de la agricultura: «Una lectura rápida puede llevar a pensar en efecto que, de la misma manera que Kautsky, Lenin se habría “equivocado”: él habría previsto erróneamente el desarrollo de una agricultura capitalista, el crecimiento del proletariado agrícola, la concentración cada vez más rápida de las explotaciones... De hecho, una lectura precisa de Lenin nos llevará a concluir que la tesis que él defiende es incomparablemente más matizada y sobre todo más rica que la caricatura que se le trata de atribuir» (73).

Es necesario remontarse al método general de Lenin para descender después a su interpretación de la evolución de la agricultura. Para Lenin no es posible el estudio aislado de parcelas de la vida económica; es el estudio del desarrollo del capitalismo en general el que hay que realizar para poder resolver el problema particular de la agricultura: «Los árboles les impiden ver el bosque; tras la forma de la

(72) Lisovskij, pág. 361-362.

(73) Cavailhes, pág. 112.

propiedad de la tierra de las diferentes comunidades campesinas, ellos (los populistas) no perciben la organización de la economía rusa en su conjunto», y también «para comprender hay que analizar cada una de las ramas de la industria en particular, su desarrollo en el interior del país, su transformación en sector capitalista; brevemente, hay que examinar los hechos relativos al desarrollo del capitalismo en el país» (74). Es únicamente situándose desde este punto de vista general cómo Lenin tratará de descubrir la situación de la agricultura en Rusia.

Lenin, siempre según Cavailhes, parte del concepto de descomposición del campesinado feudal. «El antiguo campesinado no es solamente objeto de una “diferenciación”, sino que es destruido completamente, cesa de existir y es enteramente suplantado por tipos nuevos de la población rural, que constituye la base de una sociedad donde dominan la economía mercantil y la producción capitalista. Estos tipos son la burguesía rural (sobre todo la pequeña burguesía) y el proletariado rural, la clase de productores de mercancías en la agricultura y la clase de asalariados agrícolas. Es muy instructivo que un análisis puramente teórico del proceso de formación del capitalismo agrario muestre que la descomposición de los pequeños productores es un factor importante en este proceso» (75). Para Lenin la descomposición del campesinado se articula en torno a las tres ideas principales siguientes:

— El desarrollo del capitalismo implica la destrucción de las formas de producción anteriores, que cesan de existir. No se produce, por tanto, una diferenciación del campesinado, sino la desaparición del modo de producción feudal como tal. Esta desaparición podrá adoptar formas diversas; la creación de grandes explotaciones capitalistas en Inglaterra, frente a la creación de pequeñas y medias explotaciones en Francia, por ejemplo, pero en ambos casos el dominio feudal fue completamente destruido. «Esto significa que para saber si el capitalismo se extiende o no en la agricultura no es forzoso el seguir la evolución de la concentración

(74) Cavailhes, pág. 113, citando a Lenin.

(75) Cavailhes, pág. 115, citando a Lenin.

de las unidades de producción agrícolas... Lo que hay que estudiar y analizar de cerca es el proceso de destrucción de las antiguas formas de producción, preguntándose si son o no reemplazadas por formas capitalistas de producción» (76).

— Esta descomposición del campesinado produce una burguesía rural y en particular una pequeña burguesía y un proletariado rural.

— Finalmente, esta descomposición significa igualmente la descomposición de los pequeños productores mercantiles.

Por la importancia que tiene para el problema que tratamos de estudiar, nos detendremos esencialmente en los dos últimos puntos.

Según Cavailhes, esta visión de Lenin supondría que el aumento de la mano de obra asalariada que se produce en el sector rural al avanzar en éste el capitalismo debe de ser interpretado de forma más amplia que la habitual hasta ahora. No se trataría de un aumento de los asalariados en la propia agricultura, sino de un aumento de los asalariados partiendo del sector agrícola y que puede materializarse en cualquier otro sector. La visión totalizadora de Lenin le lleva a no detenerse a estudiar solamente lo que sucede dentro del propio sector. «Cuando Lenin habla del desarrollo de una burguesía rural y de un proletariado rural, casi siempre se interpretan estos términos como sinónimos de burguesía agrícola y proletariado agrícola. Pero en realidad Lenin precisa que la burguesía y el proletariado rurales pueden ser tanto agrícolas como industriales o comerciales» (77). Esto supone que el proletariado se desarrolla desde la agricultura, pero no necesariamente *en* la agricultura. Este proletariado puede ejercitar su actividad en la agricultura o en cualquier otra rama de producción industrial o comercial. El error está en considerar que la proletarianización de la población campesina tiene que darse únicamente en el propio sector, cuando en realidad la mayor prueba de

(76) Cavailhes, pág. 116.

(77) Cavailhes, pág. 116.

que esta proletarización se está realizando reside en el éxodo de la población agrícola, que va a engrosar los grupos proletarios del sector industrial o de servicios. «El representante más típico del proletariado ruso es el asalariado agrícola, el jornalero, el peón, el obrero de la construcción o todo otro obrero» (78); «importa poco que esta burguesía y este proletariado ejerzan su actividad en la agricultura o en cualquier otra rama de producción industrial o comercial. Se puede decir, incluso, que los productos de la descomposición del campesinado no se encontrarán más que en una reducida parte de la rama de producción agrícola y que la mayor parte se dedicará a la producción industrial y comercial» (79).

La descomposición de los pequeños productores mercantiles —tercero de los puntos recogidos de Lenin— constituye un aspecto esencial para entender el conjunto del proceso: «En la medida en que la descomposición del dominio feudal crea una pequeña burguesía agraria, ésta se descompone a su vez: insertado en la economía de mercado y sometido a la competencia, el pequeño burgués —y para Lenin el pequeño productor mercantil es una variedad del pequeño burgués— es eliminado por el grande; el pequeño capitalista es suplantado por el gran capital. Simplemente porque tiene una productividad más baja que la gran empresa» (80).

Una de las etapas más importantes de esta descomposición es la creación y destrucción de una pequeña producción mercantil como situación transitoria hacia el status capitalista o de proletarización (81); «la disolución del dominio feudal ha dado, en Francia como en Rusia, empresas capitalistas (con frecuencia más industriales que comerciales o agrícolas) y un régimen de pequeña producción mercantil. Pero este régimen no es estable: el aguijón de la competencia lo descompone a su vez; las unidades de producción más importantes se desarrollarán, aumentarán su

(78) Cavailhes, pág. 116, citando a Lenin. El subrayado es nuestro.

(79) Cavailhes, pág. 117.

(80) Cavailhes, pág. 118.

(81) Cavailhes, pág. 122.

escala de producción, ampliarán el nuevo colectivo de trabajadores empleados y, a fin de cuentas, se transformarán en empresas capitalistas, abandonando con ello a menudo el sector agrícola. Por otro lado, la gran masa de las pequeñas unidades se reproducen en una escala decreciente, regresan al estadio del campesinado parcelario, alargan su jornada de trabajo mientras reducen sus ingresos, siendo el término de esta evolución la proletarización de su fuerza de trabajo. La descomposición de la pequeña producción mercantil actúa como un gran agitador, que a través de etapas intermedias múltiples y variadas rechaza, a fin de cuentas, por un lado a la burguesía y por el otro a los proletarios» (82).

«...la descomposición del campesinado es, por tanto, la síntesis de tendencias contradictorias; por un lado, la destrucción de las formas antiguas de producción engendran un proletariado y pequeños burgueses, de pequeña producción mercantil. Por el otro, la misma causa —el desarrollo de la economía de mercado y la introducción de la competencia capitalista— produce la destrucción de la pequeña producción mercantil que libera a los campesinos parcelarios, futuros proletarios y a los capitalistas. Por un lado, se destruye la pequeña producción mercantil, mientras que, por el otro, se engendra, pero ambos fenómenos contradictorios son fruto del capitalismo» (83).

«La pequeña producción mercantil o pequeña burguesía no es para Lenin una categoría que presenta ningún tipo de unidad: al contrario, está en parte formada de productores para quien el status de pequeño burgués es un paso adelante, un paso hacia la gran empresa, y en parte por productores, para los que es un paso atrás, un paso hacia una situación de campesino parcelario y proletario» (84).

«El concepto de pequeña producción mercantil es, para Lenin, muy distinto del que ha sido elaborado por ciertos marxistas contemporáneos: no se trata, de ninguna manera, de un modo específico y particular de producción que tiene sus leyes y su propia lógica de funcionamiento; al contrario,

(82) Cavailhes, págs. 118-119.

(83) Cavailhes, pág. 119.

(84) Cavailhes, pág. 120.

se trata de una forma «en devenir» en evolución, que lleva en germen la proletarización por una parte, de sus trabajadores y a la transformación en empresas capitalistas por otra» (85). Para Lenin, la pequeña producción mercantil se define por su dinámica, por su evolución: es una forma inestable y transitoria de producción que está llamada a descomponerse, y es esta inestabilidad la que permite definirla. Cavailhes compara su lectura del análisis leninista con las tesis de autores como Servolin y Labossé y concluye:

«Hay una divergencia fundamental en la problemática y en el conjunto de elementos utilizados. A la descomposición del campesinado de Lenin se opone la coexistencia (o la articulación, la absorción) de la pequeña producción mercantil y el capitalismo; al carácter transitorio del concepto leninista de la pequeña producción mercantil se opone la definición de un modo de producción pequeño mercantil o artesanal; a la definición del campesinado como una pequeña burguesía se opone la concepción de la agricultura «homogénea» de un interés general agrícola» válido para todos los agricultores; en fin, a la visión leninista que analiza la agricultura desde el punto de vista general del desarrollo del capitalismo se opone una concepción que se podría denominar «ruralista» que, en nombre de un «particularismo agrario», analiza la agricultura desde el punto de vista de la agricultura» (86).

Si provistos de estos esquemas alternativos de análisis los confrontamos con la realidad, ¿cuál es el resultado de la comparación? Servolin y otros parten de una constatación empírica para refutar las tesis de Kautsky: las pequeñas explotaciones existen. Al observar nuestra dinámica actual, ¿cómo podemos responder nuestras observaciones a los diversos esquemas teóricos recogidos? Es difícil aceptar la tesis de Servolin y Labossé/Ouisse de una coexistencia permanente, estable y pacífica entre las grandes y las pequeñas explotaciones. El sector agrario es precisamente una de las parcelas más conflictivas en la mayoría de las formaciones sociales del capitalismo desarrollado. «El problema agra-

(85) Cavailhes, pág. 120.

(86) Cavailhes, pág. 125.

rio» constituye una de las esferas más difíciles de tratar por las políticas agrícolas de los países industrializados. Se asiste a un continuo reflujo de problemas y propuestas de soluciones para el sector. Simultáneamente es fácil advertir una profunda insatisfacción, cuando no una desesperación, en los sectores de la mediana y pequeña empresa agraria. No solamente la literatura profesional sobre el tema la refleja, sino que las constantes acciones de protesta directa por parte de los agricultores constituyen el testimonio más vivo de una situación inestable. Toda la política agraria de la Comunidad Económica Europea, por ejemplo, está dirigida a buscar soluciones para estos difíciles problemas. Los informes Mansholt y Vedel, como más conocidos, tratan de combinar los análisis teóricos con prescripciones prácticas de política agraria... la situación no parece reflejar un equilibrio estable.

¿Nos ayuda el análisis de Lisovskij o la interpretación leninista de Cavailhes a resolver estas preguntas? ¿Cuál es el alcance y cuáles las limitaciones de estos análisis? ¿Aportan algún nuevo elemento al actual «estado de la ciencia»? ¿Nos proveen de mejores herramientas para interpretar la realidad cuyo análisis nos interesa?

Intentaremos proporcionar algún material que pudiera ayudar a obtener algunas respuestas. Se presenta a continuación un resumen de un trabajo realizado sobre la agricultura de Euskadi, en las provincias de Guipúzcoa y Vizcaya, como ya hemos señalado. Esperamos que algunos de los resultados de este trabajo puedan iluminar, siquiera sea en parte, las predicciones respecto a la probable evolución de la agricultura en una dinámica de desarrollo capitalista, que permitan, tras una contrastación empírica, detectar las líneas más fructíferas de análisis teórico del fenómeno.

UN CASO EMPIRICO: LA AGRICULTURA DE GUIPUZCOA Y VIZCAYA

En 1972 se decidió realizar un estudio económico sobre las explotaciones agrarias de Guipúzcoa y Vizcaya. Se hubiera deseado realizar el trabajo sobre la totalidad del País

Vasco en el Estado español, pero la agricultura de Alava y Navarra es totalmente distinta a la de las otras dos provincias, por lo que hubo de limitarse el trabajo a las primeras. Como en el resto del Estado, se percibía claramente una situación de crisis del sector, plasmada principalmente en el abandono de las explotaciones y una profunda desesperanza en los agricultores que continuaban sus explotaciones. Se deseaba elaborar un trabajo que estudiase las perspectivas económicas que se les presentaban, o se les podían presentar, a las explotaciones agrarias de estas dos provincias, con objeto de evaluar sus posibilidades de sobrevivencia y de proporcionar a los propios agricultores y a los responsables de la política agraria pautas de acción que condujesen al logro de explotaciones agrarias dinámicas y prósperas. El enfoque del estudio es, pues, profundamente microeconómico, con la óptica esencial del mismo dirigida al análisis de la rentabilidad de la explotación.

En estas dos provincias, las explotaciones agrarias, a las que se llama *caseríos* (87), están constituidas por explotaciones familiares de dimensión extremadamente reducida (la extensión de tierra cultivable más frecuente está comprendida entre 4 y 6 Ha), caracterizadas especialmente por su aislamiento geográfico, pues se encuentran diseminadas en las montañas, en lugar de estar agrupadas en los núcleos rurales. El *caserío* constituye esencialmente una unidad de explotación agraria y de convivencia familiar en la que el trabajo de la familia explota las tierras de que ésta dispone, bien sean en propiedad o arrendadas, si bien el sistema predominante en el país es de propiedad de las tierras por los titulares de las explotaciones. La casa, la heredad, el ganado y el monte, son los elementos constituyentes del *caserío*. El domicilio familiar sirve también de centro de la explotación, siendo la unidad de edificación vivienda-instalaciones, junto con la tierra de labor, lo que físicamente constituye el *caserío*. El edificio está normalmente situado en el centro geográfico de las tierras que cultiva. En el

(87) La denominación se refiere a cada explotación familiar individual, a diferencia de otras regiones del Estado en que se denominan *caseríos* a las agrupaciones geográficas de varias explotaciones individuales.

pasado éstas podían encontrarse a gran distancia de la vivienda, pero, actualmente, están inmediatas o muy próximas al mismo, con la excepción, como es lógico, del monte.

Siendo la región de clima templado y húmedo, la producción corresponde al tipo de agricultura de regadío, aunque no existen, por innecesarias, instalaciones de tal carácter. Hasta épocas relativamente recientes su producción consistía en cereales, principalmente trigo y maíz, patatas, alubias y explotaciones ganaderas. En la actualidad, la actividad productiva está concentrada casi en su totalidad en la explotación de ganado vacuno para la producción de leche y carne. Esto supone el dedicar a la obtención de forrajes prácticamente la totalidad de la tierra cultivable de que disponen, reservando únicamente porciones muy reducidas de la misma para el cultivo de maíz de grano, alubias* y hortalizas, productos obtenidos principalmente para efectos del consumo familiar (88). Ha desaparecido el cultivo del trigo y demás cereales panificables, amén de cualquier otro tipo de productos que hubieran podido cultivarse en otras épocas. Algunos árboles frutales, casi siempre muy antiguos, y una extensión muy variable de monte completan el panorama. En años recientes el monte, y en muchas explotaciones incluso una parte de la tierra cultivable, han sido dedicados a plantaciones de pinos insignis. Plantaciones que van adquiriendo tal preeminencia que podría señalarse que compiten hoy seriamente con los prados como elemento característico del territorio euskaldun no urbano.

Esta agricultura está encuadrada en una de las regiones más industrializadas del Estado español. Región que, si bien inició su industrialización de antiguo, ha sufrido un intensísimo proceso de transformación e intensificación de su estructura productiva en las últimas décadas. De aquí que se considere que, si bien con peculiaridades muy específicas del país, el proceso seguido por el sector agrícola del país euskaldun puede en parte ilustrar la dinámica de la agricultura minifundista familiar, al encontrarse encuadrada

(88) El maíz de grano para la alimentación de las aves, también para el consumo deméstico.

en una región de industrialización intensa y de un capitalismo relativamente avanzado.

Nuestro trabajo, sin embargo, presenta algunas diferencias importantes con los de los autores que hemos recogido más arriba y que pueden ser de interés precisar. Las diferencias más significativas son dos, de metodología y de fondo.

Respecto a la primera hay que señalar que los autores estudiados basan sus predicciones de desarrollo futuro en inferencias basadas en la evolución estadística de las explotaciones en el pasado, o en algunos de sus elementos constituyentes. Así, Kautsky trata de demostrar la tendencia a la gran explotación mediante la comparación de las productividades entre las grandes y las pequeñas explotaciones, por una parte, y la evolución de las explotaciones, por otra. Mientras que los autores de la línea de Servolin se limitan a constatar la existencia de las pequeñas explotaciones. Otros autores, como Postal-Vinay, se apoyan en análisis históricos de la transformación de un modo de producción a otro. Nuestro trabajo utiliza una óptica distinta. Esta consiste en un estudio de las posibilidades económicas que presentan las explotaciones actuales y un análisis de los elementos que pueden permitir su desarrollo en el futuro. Es una prospección económica de las unidades de explotación actuales. Basándonos en los resultados de la misma, consideramos que es posible avanzar algunas hipótesis sobre la posible evolución en el futuro. Si las perspectivas económicas que se le presentan a la pequeña explotación son brillantes, parece lógico predecir que tales estructuras se prolongarán en el futuro. Si, al contrario, los problemas económicos son acuciantes, parece también legítimo inferir que las posibilidades de abandono de las explotaciones aumentan. Además se estudian las posibilidades que presentan para estas estructuras de producción diversos elementos de modernización. Se intentan evaluar las posibilidades que pueden representar las mejoras en el aparato productivo, variaciones en la dimensión de la explotación e incluso cambios en el sistema de comercialización, tratando de detectar las posibles líneas de desarrollo futuras. A los resultados así

obtenidos puede aplicárseles el mismo criterio anterior: Si ofrecen buenas perspectivas económicas, es probable que las explotaciones actuales o modernizadas perduren; difícilmente será así en caso contrario.

Más importante y significativa es la segunda diferencia en el planteamiento del análisis. Hemos visto cómo todos los autores resumidos más arriba, que estudiaban la permanencia de las explotaciones familiares y postulaban su estabilidad, parten de que, por tratarse de formas de producción correspondientes a la pequeña producción mercantil, los titulares de las explotaciones actuaban económicamente buscando únicamente la supervivencia como explotación. Buscan sólo la obtención de un salario por su trabajo e ignoran la remuneración a su capital. Solamente aceptando este planteamiento pueden las explotaciones agrícolas familiares subsistir y competir con las grandes empresas agrarias. Pues bien, en nuestro contexto no es posible aceptar tal supuesto. En la zona a que nos referimos, en la época en que se realizó nuestro estudio, tal supuesto es absolutamente erróneo y no concuerda ni remotamente con la realidad (89). En un contexto de capitalismo desarrollado, inmersos en un ambiente y en un sistema totalmente dirigido a la búsqueda del beneficio, los pequeños agricultores vascos tratan de obtener para su capital una rentabilidad por lo menos aproximada a la que pudieran obtener con el mismo en dedicaciones alternativas. Más todavía, no solamente el beneficio del capital será computado, sino que el coste de oportunidad por su actividad laboral será también tenido muy en cuenta. Pretender que el pequeño agricultor solamente busca una remuneración por su trabajo en su actividad económica en la agricultura nos parece que requiere, o bien suponer que los campesinos de los países desarrollados viven ajenos, aislados del entorno social en el que se desenvuelven, sin ser impregnados de la ideología dominante y sus valores, o bien que son capaces de efectuar un cálculo económico elemental y de percibir que su capital no obtiene beneficios. Nos parece un supuesto absolutamente gra-

(89) Dudamos mucho también de que este supuesto sea realista en el contexto de Europa occidental, a la que se refieren los autores mencionados.

tuito e ilegítimo acerca del campesinado del Estado español en la actualidad, y mucho más respecto a los de Europa occidental o Estados Unidos (90). No entendemos cuáles son los mecanismos que permiten inferir que los valores capitalistas impregnan toda una sociedad menos a los pequeños agricultores que permanecen «incontaminados». A este respecto consideramos más acertada la concepción de Lisovskij que señala «el cambio en la psicología empresarial refleja la modificación técnica-económica que ha intervenido en la agricultura y ha llevado a la eliminación de la diferencia de actitud empresarial agrícola y la de cualquier otro sector. En la agricultura menos desarrollada de Europa continental esto se expresa en una inversión («indebolimiento») del legado secular que ligaba al campesino y su tierra cuando su trabajo no le daba un rédito suficiente. En USA esto se expresa de forma todavía más evidente en cuanto que la actividad empresarial en el campo de la agricultura viene considerada —al menos teóricamente— como una de las formas de «negocios» análoga a cualquier otra, porque da beneficios» (91).

Por tratarse de un aspecto que condiciona totalmente el análisis que presentaremos, y nuestra actitud frente a los que hemos comentado, precisaremos un poco más al respecto. Distinguiríamos varios niveles en la afirmación que realizamos:

Primer nivel.—El agricultor vasco actual confronta constantemente los frutos de su actividad económica en la agricultura con los beneficios que pueda obtener con la dedicación alternativa de sus recursos en otras utilidades. En ocasiones, es posible que la complejidad de esta comparación haga que no sea fácilmente captada e induzca a concluir que solamente está interesado en su sobrevivencia como explotación. Tratemos de reflejar el planteamiento del agricultor:

Normalmente, el campesino dispone, por herencia, de

(90) Da la impresión de que ni aún los estudiosos preocupados por la agricultura pueden liberarse de la imagen peyorativa del campesino analfabeto, con boina, e incapaz de entender nada.

(91) Lisovskij, pág. 354.

una tierra (o el derecho a su utilización) y unas instalaciones básicas. Aplica a ellas su trabajo y el de su familia y obtiene un producto por su actividad. Pero, como se ha señalado por otros autores más arriba, la competencia con otras explotaciones y la absorción del proceso tecnológico imprescindible para alcanzar un nivel de vida adecuado le exige una inversión, constantemente creciente, de nuevo capital. Es un primer error, por tanto, partir de que solamente se da la reproducción simple de capital. En los últimos años en la agricultura euskaldun ha aumentado muy considerablemente la inversión en la explotación y la intensificación y el volumen del proceso productivo. Se han reinvertido cantidades considerables de capital teniendo en cuenta los excedentes que han permanecido en manos del productor. Que en términos absolutos, o comparados con las actividades industriales, éstos sean reducidos no permite inferir en ningún momento que nos hallamos bajo los esquemas de la reproducción simple. Durante bastantes años el agricultor euskaldun ha acumulado e invertido en la explotación todo lo que le permitían los márgenes brutos obtenidos y, en bastantes ocasiones, incluso se ha recurrido a fuentes externas de capital. Esto le ha permitido una intensificación de la producción y, por ende, un aumento considerable de la misma, a pesar de una mano de obra en constante e importante disminución. Precisamente la crisis del caserío euskaldun comienza en el momento en que el agricultor percibe que la utilización de sus recursos productivos es menos rentable en la agricultura que en otras ocupaciones. A partir de este momento no tendrá interés alguno en ampliar su capacidad de producción y solamente invertirá en lo que sea absolutamente imprescindible para mantener una carga de trabajo soportable, dirigiendo su acumulación hacia otros objetivos ajenos al sector. El estancamiento de las explotaciones, su falta de interés en nuevos procesos, sistemas e intensificaciones de la producción son debidos, precisamente, a que el agricultor capta que invirtiendo en la explotación agraria la rentabilidad obtenida está por debajo de la tasa media de beneficio, y *no está dispuesto a ello*. Esta será la razón que paralizará toda innovación en su explotación.

Segundo nivel.—La percepción de este fenómeno está complicada por la existencia de un capital base (el que se disfruta por herencia) que puede ser muy difícil de recuperar si se abandona la explotación. La rentabilidad negativa que supondría este abandono puede en ocasiones justificar una continuidad en la explotación aparentemente no rentable. Pero no es así, sino que es precisamente, insistimos, un cálculo muy estricto de la rentabilidad *global* de sus recursos la que motiva sus decisiones. Un agricultor dispone de dos recursos fijados a su explotación: la tierra e instalaciones y su mano de obra. Si no puede utilizarlos en otros sectores es posible que sea más rentable seguir invirtiendo el capital adicional en la explotación, por debajo de la tasa media de beneficio para este último, porque el beneficio final global que se puede obtener con la *totalidad* de sus recursos es todavía superior que el que pueda lograrse con una rentabilidad más alta de los recursos tradicionales. Pero si este beneficio global es inferior al medio que pudiera obtenerse en otros sectores, el agricultor planeará abandonar su explotación en el futuro. Con esta lógica, el agricultor euskaldun, por ejemplo, quizá no pueda abandonar su explotación por sí mismo, ya que no puede colocar su propia fuerza de trabajo en otro lugar, ni capitalizar su edificio e instalaciones de base, pero realizará plantaciones de pinos para lograrlo en el futuro, preparará a sus hijos para ocupaciones fuera del sector e invertirá sus fondos líquidos en valores industriales. En un contexto capitalista el agricultor no se contenta con sobrevivir, sino que busca para su actuación económica una rentabilidad comparativa a la que pueda obtener en otros sectores. De aquí la profunda insatisfacción de los agricultores actuales, precisamente porque no pueden obtener esta rentabilidad alternativa ni pueden transformar sus recursos rápidamente para su utilización en otros sectores. Pero entonces planifican para que esta transformación se lleve a cabo en la próxima generación. El agricultor continuará en la explotación solamente, y esto es más verdad cada día que pasa, si ésta le puede proporcionar por lo menos una rentabilidad para sus recursos análoga a la de utilizaciones alternativas.

Tercer nivel.—En algunos contextos puede ser extrema-

damente difícil obtener una rentabilidad alternativa para el factor tierra que no sea proporcionada por la agricultura. Si la tierra no tiene un valor alternativo es posible que sea más beneficioso para el agricultor continuar explotándola directamente, aunque hayan de realizarse menos inversiones, imprescindibles por la mecánica del sistema, que abandonarla. Pero juzgará injusta esta situación y su insatisfacción será creciente. Creemos que éste puede ser un elemento que explique en parte la creciente irritación y protesta de los agricultores que, según la óptica de observación, pueden ser considerados prósperos y disfrutando de un elevado estándar de vida. Si en cualquier momento la rentabilidad de sus nuevos recursos puede superar el nivel negativo del abandono de su explotación (nueva preparación y empleo de sus hijos, por ejemplo) es muy probable que tome la decisión de abandonar la agricultura o que continuará en ella durante el resto de su vida, pero sin nuevas inversiones, meramente aguardando el final de su vida física. Para nosotros es absolutamente irrealista partir de que el agricultor de la pequeña explotación **acepta** una remuneración menor, o una no valoración de su capital. La **sufre** que es totalmente distinto. La «acepta» mientras no tenga alternativa alguna. Pero **planeará** para dejar de hacerlo. Si no lo puede hacer por sí mismo demorará su decisión una generación, pero en ningún caso aceptará esta situación. El masivo abandono de la agricultura, y por agricultores propietarios de la tierra, parece probarlo.

De aquí que si la pequeña agricultura está basada en la aceptación de una no rentabilidad no podrá ser, en ningún caso, una sobrevivencia estable. Los autores mencionados parecen partir de la posibilidad de que la obtención de una remuneración por el trabajo justifica la aceptación de una no remuneración para el capital. Este razonamiento solamente podría ser válido en caso de que el desempleo fuese masivo. En la Europa occidental de 1977, y a pesar de los niveles crecientes de paro, no parece que pueda analizarse una situación generalizable partiendo de tal premisa. Si ésta no es la causa, ¿cuál puede ser el motivo de la aceptación de la no rentabilidad del capital? No la podemos percibir ni nos parece ha sido justificada por ninguno de los autores

tratados. Como ya hemos dicho, negar al agricultor, y especialmente a un agricultor que tiene que aumentar su capacidad productiva mediante fuertes inversiones, utilización de inputs externos, y que produce para un mercado monopolista fuertemente organizado, la capacidad de percibir y ser influido por lo que sucede a su alrededor, afirmar, sin más justificación, que no pretende la valorización de su capital, es considerarle un ser aparte lejos del mundo que le rodea. No creamos que está en absoluto justificado el considerar de este modo a los agricultores europeos; desde luego es absolutamente falso en el caso del agricultor euskaldun.

Por tanto, en nuestro trabajo, partimos de que para que la pequeña explotación familiar sea considerada «rentable» en el presente y con posibilidades de sobrevivencia en el futuro, tiene que proporcionar unos beneficios al capital y una remuneración al trabajo, por lo menos próximas a las que pueda alcanzar en otros sectores (92).

A partir de esta premisa se estableció un modelo de programación lineal que reflejase el entorno de decisión anual del labrador euskaldun, bajo los supuestos de que se trata de obtener el máximo beneficio para sus recursos, pero sujeto a un determinado nivel de riesgo que no está dispuesto a sobrepasar. La solución a este modelo proporciona el plan de producción óptimo del agricultor en las condiciones específicas del modelo, que en teoría deben reflejar el universo económico campesino. Si este plan óptimo se aproxima suficientemente a la conducta real del agricultor puede aceptarse que el modelo refleja la actuación probable del mismo. Por tanto, puede inferirse que si las condiciones que refleja el modelo cambian —siempre que no impliquen una reestructuración total de la situación o entorno del labrador— las soluciones correspondientes del modelo reflejan las alternativas y la conducta probable del labrador. De esta forma, a través del modelo básico, se van explorando modificaciones en el mismo hasta obtener un

(92) Adviértase que en toda esta parte de nuestra exposición se ha omitido —deliberadamente— clasificar al pequeño agricultor como pequeño productor mercantil o productor capitalista, ya que será un aspecto del que trataremos más adelante en este trabajo.

abánico de las probables alternativas de actuación de la explotación familiar. La comparación de estas alternativas agrícolas con aquellas externas al sector, nos proporcionará la información que nos permita proyectar la posible dirección de actuación del sujeto y, en consecuencia, la permanencia o no de las explotaciones que dirigen.

Con este modelo se calcularon, en primer lugar, los ingresos máximos de un caserío tradicional, típico, representativo de lo que la mayoría de explotaciones podría obtener. Resulta así que el margen bruto anual por todos los conceptos (es decir, incluyendo la remuneración al trabajo, el interés al capital invertido y el beneficio empresarial, en las condiciones de 1973), era aproximadamente de medio millón de pesetas (543.000 pesetas exactamente) para una explotación de 5 Ha de tierra cultivable.

La cifra puede parecer relativamente adecuada para el casero euskaldun si se considera que, en la misma época, un salario mensual de 20.000 pesetas (280.000 anuales) para el obrero industrial no cualificado se consideraba relativamente satisfactorio. Si detuviéramos aquí nuestro análisis podríamos pensar que, efectivamente, estas explotaciones proporcionan una remuneración al trabajo superior a la de las oportunidades alternativas y que, por tanto, éstas permanecerán. Pero ¿por qué abandonan entonces los caseros sus explotaciones? ¿Por qué más de la mitad de los caseríos euskaldunes se explotan actualmente en régimen de dedicación parcial? (93) ¿Es verdad, quizá, que son simplemente las «luces de la ciudad» las que atraen a la juventud rural? o, alternativamente, ¿es que los vascos rechazan los beneficios económicos en favor de otros valores? (94).

La solución no es tan simple, evidentemente. Es necesario precisar un poco más este resultado. Anotemos los aspectos siguientes: a) la cifra de medio millón de pesetas se refiere al margen bruto, es decir, que no se han deducido de la misma ni los gastos fijos de la explotación, ni las

(93) Explotación de los caseríos combinada con el empleo industrial de los miembros en edad laboral de la familia agricultora. Esto supone que ningún miembro adulto de la familia se dedica exclusivamente a la explotación agraria.

(94) Tal es la tesis sostenida por D. J. Greenwood en su obra *Unrewarding wealth* referente a la evolución de las explotaciones agrícolas en Fuenterrabía, Guipúzcoa.

amortizaciones, elementos que disminuyen considerablemente el importe total disponible, el ingreso neto del labrador por su actividad económica; b) la cifra mencionada responde a la remuneración total por la actividad de toda la familia, por todos los conceptos. En términos de trabajo ésta supone una aportación de *horas de trabajo realizadas* superior a las 7.000 al año, mientras que la jornada anual de un obrero industrial es menor a las 2.000 horas anuales. Por tanto, la remuneración agrícola corresponde a más de 3,6 veces la cantidad de trabajo realizado por un obrero industrial en un año. En términos horarios la remuneración de un trabajador industrial con un salario de 20.000 pesetas mensuales es de 134,50 pesetas por hora, mientras que los ingresos por hora trabajada en la explotación agraria no alcanzan las 70 pesetas/hora, incluyendo en esta cantidad la remuneración por todos los conceptos. Dicho de otro modo, si en la agricultura se trabajase por un salario horario análogo al industrial habría de percibirse, solamente por el trabajo realizado, la cantidad de 953.103 pesetas anuales (95). Es evidente que tras estas precisiones la situación no parece tan ventajosa como podría deducirse del párrafo anterior.

Es necesario profundizar todavía más en el análisis de la situación económica del caserío. En el párrafo anterior hemos establecido una comparación entre el casero euskaldun y el obrero industrial. Aunque Servolín y los demás autores mencionados opinan que de tal forma se autoclasifica el pequeño agricultor, esta similitud, sin embargo, es totalmente arbitraria y gratuita, dado que no existe razón alguna más que la costumbre para equiparar al obrero industrial con el pequeño empresario agrícola del país. La naturaleza de ambas actividades es significativamente distinta: El trabajo en el caserío supone un nivel de conocimientos, de especialización y de asunción de riesgos que no corresponde con la categoría del trabajador industrial no cualificado. No hay, por tanto, motivo alguno lógico para equiparar ambos trabajos e igualar ambas remuneraciones. El casero

(95) Claro está que una sola persona no podría realizar este trabajo, ni que tampoco todas las personas que trabajan en el caserío pueden optar por un empleo industrial, pero como un índice aproximado de la disparidad de remuneraciones puede ser aceptado en este contexto.

es un empresario agrícola; el obrero industrial compromete únicamente su trabajo personal. El casero compromete en su empresa no solamente su propio trabajo, sino también sus medios de producción. Emplea en su explotación una tierra, unas instalaciones y un capital que pueden ser dedicados a la agricultura o a otras actividades alternativas. Ya hemos señalado que el pequeño agricultor es consciente de este hecho y, por tanto, en el cálculo económico hay que incluir tales elementos. La forma correcta de realizar el cálculo consiste, ya lo hemos señalado más arriba, en tener en cuenta estas posibles rentabilidades alternativas y compararlas con la productividad de los recursos en la agricultura. Solamente si los beneficios obtenidos en esta última son iguales o superiores a los beneficios que proporcionarían en otras actividades productivas, está justificada la dedicación a la agricultura. Y esto no solamente es aplicable a nivel de casero, de sujeto económico individual, sino también a nivel de comunidad, ya que emplear los recursos productivos en actividades de rentabilidad menor supone una utilización ineficiente, antieconómica, de los mismos, dado que pudiera utilizarse para una mayor producción de riqueza en otras actividades. Este concepto de valoración de la utilización alternativa de los recursos, conocida por los economistas como «coste de oportunidad», es crucial en situaciones como la que aquí intentamos reflejar. En la vida real se traduce por la práctica de cualquier poseedor de recursos productivos que se pregunta constantemente ¿dónde me producen más? Nuestros «irracionales» caseros utilizan este concepto computando los ingresos totales que obtendrían con la dedicación de sus recursos a diversas alternativas y comparándolos con la rentabilidad de su explotación agrícola.

En un sistema económico desarrollado, los recursos de que dispone el casero tienen abiertas múltiples alternativas de aplicación: su trabajo puede dedicarse al empleo industrial, sus disponibilidades líquidas encuentran un cauce en las instituciones financieras u otras múltiples alternativas de inversión, en una región en constante expansión industrial, y la tierra, el menos móvil de los recursos, dispone también de un amplio mercado en el país, donde, junto a una redu-

cida extensión total, existe una fuerte demanda para usos industriales, edificación urbana o utilización turística (96). Además, las plantaciones de pinos suponen una alternativa segura de rentabilidad mínima que, por tanto, constituirán los beneficios mínimos con los que habrá de compararse la rentabilidad de la explotación agrícola. La posibilidad alternativa de utilización de los recursos ha de tomarse, pues, en cuenta para evaluar adecuadamente la rentabilidad del caserío euskaldun y sus perspectivas de futuro.

Realizada esta operación para el caserío tradicional; estimada, si bien ligeramente subvalorada, la rentabilidad potencial alternativa de los recursos hoy agrícolas (rentabilidad alternativa del capital 8 por 100, remuneración únicamente del trabajo del cabeza de familia a nivel de obrero industrial, y rentabilidad de la tierra análoga a la de las plantaciones de pinos), y comparada con los ingresos agrícolas máximos que se pueden obtener en la actualidad de la explotación, se producen los resultados siguientes para el caserío tradicional:

<i>Actividad agraria</i>	<i>Utilización alternativa de los recursos</i>	<i>Excedente total (por todos los conceptos) por la actividad agraria</i>	
		<i>Caserío con silos</i>	<i>Sin silos</i>
Caserío tradicional	Trabajo industrial, peón Tierra, plantación pinos Capital al 8 por 100	134.750 pts.	48.939
Caserío tradicional	Trabajo industrial oficial Resto igual anterior	64.750 pts.	Negativa
Caserío tradicional	Cualquier otra situación	Negativa	Negativa

Teniendo en cuenta que 134.000 pesetas —excedente máximo por la actividad agrícola— incluye los gastos fijos de la explotación y la amortización de la maquinaria, se deduce

(96) Para un análisis más detallado del mercado de tierra en el país véase nuestro trabajo «La industrialización y el caserío». En *Lecturas de historia económica de España*, págs. 367-370. Editorial Oikos. Ed. por R. Aracil y M. García Bonafé.

clarísimamente que no compensará económicamente dedicarse a la agricultura. La explotación tradicional del caserío no es rentable y no tiene, entonces, posibilidades de sobrevivencia en el futuro. Al casero actual, que puede obtener en la industria siquiera un puesto de peón, le resulta más ventajoso económicamente colocar su capital al 8 por 100, plantar la tierra de pinos y convertirse en un obrero no cualificado, que dedicarse a la explotación agraria de su caserío. Mucho más, evidentemente, si su cualificación profesional en la industria es superior, y todavía más si tenemos en cuenta que como remuneración alternativa del trabajo solamente hemos considerado el del cabeza de familia, ignorando unas 5.000 horas de trabajo que se realizan en el caserío por encima de la jornada industrial.

A la luz de esos cálculos surgen varias líneas de reflexión: a) si, efectivamente, siendo ésta la situación, los agricultores continuaran en sus explotaciones, la única explicación posible para ello sería la proporcionada por Servolin y los demás autores mencionados. Solamente aceptando una remuneración menor a la de la utilización alternativa de los recursos (97), es decir, estimando únicamente la sobrevivencia, sin tratar de obtener un beneficio en el capital invertido, puede permanecerse en la explotación. Una permanencia de las pequeñas explotaciones, por tanto, permitiría deducir que los autores ya tantas veces mencionados tienen razón.

Pero, b) el hecho es que las explotaciones no permanecen. Es evidente y palpable, a nada que se conozca el país, que el número de explotaciones activas (98) ha disminuido grandemente y, todavía mucho más evidente, que la juventud que hoy vive en los caseríos se prepara exclusivamente para los empleos urbanos. En una estimación realizada partiendo de los datos del país se observa que de los 5.425 caseríos actuales a dedicación total, solamente se cuenta

(97) No solamente la del capital, sino igualmente podría considerarse que se acepta una remuneración menor para el trabajo.

(98) En los últimos años se asiste al mantenimiento de la vivienda en el caserío, simultáneamente con el abandono de la explotación productiva. Parece que los caseríos euskaldunes han descubierto rápidamente las ventajas de vivir en el campo cuando esto no presupone un abandono del modo de vida urbano.

con 420 caseros probables en el futuro. Estas cifras indican que la desaparición de los caseríos, simplemente por falta de caseros, será un hecho a menos que cambien radicalmente las situaciones del caserío y la industria en el país. Y, en nuestra opinión, este fenómeno prueba que el casero actual no acepta su dedicación a la explotación a menos que pueda percibir un beneficio por su capital y obtener una remuneración por su trabajo, si no igual, por lo menos próxima a los ingresos que pudiera obtener en utilizaciones alternativas. El lento ritmo de desaparición de las explotaciones es, en nuestro contexto, debido a que fundamentalmente hasta épocas recientes no había alternativas para el trabajo, ni se obtenía de la explotación un excedente que se pudiera reinvertir, por una parte, y por otra, que la adaptación a las nuevas condiciones supone frecuentemente que haya de transcurrir una generación para que los hijos del agricultor actual puedan acceder a empleos industriales, pero no, ni remotamente, porque se acepta ejercer una actividad productiva sin intentar valorizarla en términos capitalistas.

Finalmente, c) estos cálculos permiten refutar las acusaciones de «irracionalidad», o «comodidad», o «ascripción a nuevos valores» que se efectúan para «justificar» el abandono de las explotaciones. Como el casero abandona su explotación, lo hace basándose en un cálculo correcto y en una acertada actuación económica que, probablemente, no será articulada en términos académicos, pero no por ello es menos precisa en su realización. Ante las alternativas que se le presentan de utilizar sus recursos en otras actividades, el casero concluye que es más ventajoso dedicarlos a éstas que continuar con su explotación agraria. Con perfecta lógica y sin romanticismo acepta la decisión que le resulta más conveniente. Si por su edad no puede acceder a un empleo industrial, ya hemos dicho que su decisión se demorará una generación. El continuará en el caserío, pero colocará sus ahorros en otros sectores y, sobre todo, procurará proporcionar a sus hijos una educación profesional industrial que les permitirá su inserción en el mundo fabril y urbano, completando ellos la decisión paterna y logrando así el máximo aprovechamiento de los recursos desde el punto de vista del bienestar económico familiar.

No sería legítimo, sin embargo, limitar a un análisis del caserío tradicional actual este comentario. Como ya se ha explicado, las explotaciones agrícolas familiares han realizado, y están realizando, grandes esfuerzos de modernización y adaptación a condiciones cambiantes. Las explotaciones agrarias de Guipúzcoa y Vizcaya no son una excepción a esta tendencia, sino que se observan en la zona esfuerzos significativos de intensificación de la producción mediante la mejora de las instalaciones ganaderas y la mecanización.

Por esto es necesario ampliar el estudio del caserío para recoger las variaciones a la situación actual y modificaciones en su aparato productivo que puedan establecerse, evaluando si éstas pueden convertir a la pequeña explotación agraria en una proposición económicamente rentable.

Para ello tenemos que estudiar, por una parte, las perspectivas del caserío si cambian las condiciones externas que más inmediatamente le afectan, especialmente si varían los precios y canales de comercialización de sus principales productos; por otra hay que analizar las posibilidades que presenta la mejora interna del aparato productivo mediante la ampliación de las instalaciones ganaderas, la incorporación de nueva maquinaria, la experimentación de nuevas técnicas de producción y, finalmente, la ampliación de la dimensión de la explotación, bien en la explotación individual o por medio de cooperativas de producción.

Analizando las consecuencias que para el caserío tendría un aumento en los precios de los principales productos, o una mejora en los canales de comercialización que disminuyesen o eliminasen en gran parte el riesgo comercial —no olvidemos que el riesgo es uno de los elementos determinantes de los planes del labrador—, se observa, como es lógico, que la situación del caserío mejora. De todos modos, aun considerando aumentos en el precio de la leche del 88 por 100, o del 60 por 100 en el precio de la carne, el margen bruto total que puede recibir el empresario no es nunca superior a las 868.000 pesetas. Aun suponiendo unos aumentos de precios absolutamente utópicos, la cifra total de ingresos permanece baja. Comparando estos ingresos con la rentabilidad alternativa de los recursos en otras oportuni-

dades, resulta que, si el casero puede obtener un empleo industrial de peón y vender la tierra a 154 pesetas el m², **ya no le compensa la actividad agrícola** ni aun con estos altos precios o ventajosos sistemas de comercialización para los productos. Si la categoría profesional del casero en la industria es más elevada, con un precio menor por la venta de la tierra llegaría al mismo resultado. Así, si el casero pudiera ocupar una plaza de técnico con un salario mensual de 65.000 pesetas al mes, le bastaría con vender su tierra a 84 pesetas m² para que los ingresos alternativos fueran superiores a los agrícolas. Solamente si la tierra no puede venderse y la única alternativa es plantar pinos puede resultar rentable el caserío a partir de aumentos de precios superiores al 35 por 100 para la leche o al 45 por 100 para la carne. Hay que tener en cuenta, además, que estos aumentos de precios tienen que ser **netos**, es decir, sin que aumenten paralelamente los precios de los *inputs* necesarios para la producción de estas mercancías. Añadamos a esto la consideración de que en el futuro es muy probable que los hijos de los actuales caseros podrán obtener empleos industriales de categoría superior y que las mujeres trabajarán también en empleos industriales —ya está sucediendo actualmente—, por lo que no sería legítimo no computar, como lo hemos hecho hasta ahora la rentabilidad alternativa de trabajo de las últimas. Si se tuviera en cuenta el trabajo de las mujeres, el caserío solamente podría justificarse económicamente con aumentos de precios del 70 por 100 para la leche o del 60 por 100 para la carne, y esto únicamente si el cabeza de familia solamente pudiera ganar 20.000 pesetas al mes y su cónyuge 15.000. En todos los demás casos es más rentable dedicarse a la industria y plantar la tierra de pinos.

El caserío a dedicación parcial presenta mejores posibilidades económicas. En esta situación la combinación del empleo industrial con la agricultura es rentable, ya que los ingresos agrícolas se superponen a la remuneración industrial. Sin embargo, este sistema requiere unos tremendos ritmos de trabajo para el casero y toda su familia, especialmente para la mujer casera, forzándoles a una vida exclusivamente dedicada a trabajar. Si añadimos a la jornada industrial del cabeza de familia las horas necesarias al caserío

resulta una jornada anual de 8.274 horas de trabajo, que equivale a cuatro jornadas anuales de la industria que, sin embargo, han de ser cubiertas por el matrimonio casero y la ayuda, cada día más reducida, que le prestan sus hijos en edad escolar o en la industria, y los ancianos. Este ritmo de trabajo es, evidentemente, agotador, por lo que nos preguntamos hasta dónde el casero que, convertido en trabajador industrial y con sus tierras dedicadas a los pinares, puede alcanzar unos ingresos relativamente elevados estará dispuesto a sacrificarse y sacrificar a su familia para obtener un aumento de ingresos que, además de no ser muy considerable, le impide disfrutar de los mismos. No parece esta opción una alternativa permanente. Esta opinión queda corroborada si observamos que hay poquísimos caseros que se dediquen a la explotación a dedicación parcial y constituyan la segunda generación familiar en este sistema. En general, la dedicación parcial se encuentra en los caseríos en que los padres fueron caseros a dedicación exclusiva. En la práctica la inmensa mayoría de los caseríos parecen seguir la secuencia siguiente: explotaciones a dedicación exclusiva regidas por el padre del actual cabeza de familia, conversión en explotaciones a dedicación parcial cuando el hijo adulto toma el relevo en la dirección de la explotación, y desaparición de la explotación agraria o reducción de la misma a niveles mínimos (99) cuando el hijo de éste haya de convertirse en jefe de la explotación.

Podría preguntarse si no sería rentable el mantenimiento de explotaciones a dedicación parcial, pero con una dedicación de trabajo más reducida de la que hemos señalado como necesaria. Esta solución es difícil por dos elementos: a) la ganadería, aun en un reducido número de cabezas, requiere una atención diaria, fija, que es muy difícil disminuir por debajo de cierto nivel. Por ejemplo, la mera existencia de una cuadra, siquiera sea con cuatro animales,

(99) La construcción de pistas y la disponibilidad de automóviles ha hecho que se mantengan los caseríos como lugares de residencia. Es posible que en éstos se mantenga el huerto familiar y, mientras vivan los padres, un par de cabezas de vacuno, pero tanto el volumen de la producción como la importancia concedida a la agricultura se convierte en un aspecto totalmente marginal a la economía y atención familiar. Constituye más un «hobby» que una actividad productiva.

necesitará aproximadamente siete horas de trabajo diarias entre limpieza, atención a los animales y provisión de forraje que éstos necesitan. Esta característica hace muy difícil una reducción considerable en las horas de trabajo. Y b) si se rebaja la dedicación, lógicamente se disminuye la producción, y los ingresos obtenidos en tal caso no alcanzan ya el nivel suficiente para justificar la actividad agraria. Es, pues, muy difícil combinar la dedicación parcial con pocas horas de trabajo con niveles de rentabilidad que justifiquen la dedicación a la explotación.

Quedan, pues, por considerar las posibilidades que presenta la transformación interna de la explotación, convirtiéndola, en aproximaciones sucesivas, en la moderna empresa agraria, con considerables instalaciones, una mayor extensión y nuevas combinaciones de producción, así como las perspectivas que presentan las cooperativas de producción. En los párrafos siguientes resumimos los resultados obtenidos al considerar todos estos elementos:

El caserío, aun modernizado, no tiene ninguna posibilidad de sobrevivencia en su dimensión actual. Es más, si se introducen elementos de modernización (como ampliación de las instalaciones ganaderas o un nivel más elevado de mecanización) en las explotaciones actuales, la situación del labrador empeora. Es decir, que los ingresos adicionales que pudieran obtenerse por medio de la modernización, *con la actual dimensión*, no compensan los gastos de la modernización. Así, si en una explotación de 5 Ha se aumenta la capacidad ganadera, los márgenes brutos anuales *disminuyen* en 50.000 pesetas aproximadamente, o el equivalente al 12,75 por 100 de los márgenes brutos anteriores. Y lo mismo sucede si se aumenta la mecanización. Lo cual es muy lógico, pues 5 Ha de extensión no permiten ampliar la producción lo suficiente como para equilibrar el nuevo coste de las instalaciones. De hecho, los agricultores vascos son muy conscientes de este resultado, pues ningún labrador que disponga únicamente de 5 Ha o menos (el caso más frecuente) inicia procesos de modernización. Nos encontramos con una primera posición: la explotación tradicional no es rentable y no puede, por tanto, sobrevivir. Luego tiene que modernizarse.

Pero para modernizarse económicamente necesita tener una extensión superior a las 5 Ha. Luego se impone, como primer elemento para la sobrevivencia, el disponer de fincas de mayor dimensión.

Pero en este caso nos encontramos con un problema insalvable en el contexto del caserío euskaldun: Dados los altos precios de la tierra en el mercado, si la tierra adicional que el caserío necesita para hacer rentable su modernización ha de pagarse a los precios habituales del mercado, el coste anual de la misma supera a la rentabilidad que puede obtenerse de la explotación agraria modernizada. Todavía más: aunque se pudiera obtener tierra adicional al precio equivalente a la rentabilidad de los pinares —precio mínimo al que lógicamente se encontrará en el mercado—, su coste supera a los posibles márgenes netos.

En otras palabras, que en las condiciones actuales la rentabilidad agraria de la tierra adicional está por debajo de las plantaciones forestales, por lo que ya al precio equivalente a la rentabilidad de éstas no compensa ampliar la explotación. Mucho menos todavía si el precio de mercado es superior a aquélla, aspecto muy probable como ya hemos indicado al comentar sobre el mercado de la tierra. Nos encontramos, entonces, en un impasse crucial para el desarrollo de la agricultura de la zona: el caserío pequeño, de la dimensión tipo actual, no tiene posibilidades de sobrevivir, pero tampoco es rentable comprar tierra para ampliarlo en el supuesto de que alguien quisiera venderla.

Esto dejaría únicamente a los caseríos que ya son mayores con algunas posibilidades de sobrevivencia, y siempre suponiendo que ellos no pudieran vender su tierra. Para obtener unos ingresos aceptables del caserío son necesarias por lo menos unas 20 Ha de terreno cultivable y considerables inversiones en maquinaria e instalaciones. Según el II Censo Agrario de España, en la región había 2.005 explotaciones cuya dimensión está comprendida entre las 20 y las 50 Ha (100). Pero en esta clasificación está incluida la tierra cultivable más la forestal, por lo que el número de caseríos

(100) Las explotaciones mayores de esta dimensión, de las que según el Censo existen 490 en las dos provincias, no pueden ser consideradas caseríos. Normalmente

con 20 Ha de tierra **cultivable** será considerablemente menor de lo que tal cifra indica. Este reducido número de explotaciones son las únicas que parecen presentar condiciones favorables para la supervivencia. Y esto, insistimos, únicamente si no pueden vender su tierra a los precios normales del mercado.

Hay una sola excepción a esta situación: Si se introducen en el caserío las actividades de explotación animal que hemos denominado «industrializadas» por no utilizar tierra y consistir en la producción masiva de animales: granjas avícolas, porcinas y de cunicultura. Los ingresos que pueden obtenerse son considerablemente más altos que en la agricultura «normal» o modernizada o que en actividades alternativas. Ahora bien, esta «solución» no nos parece tal para empresas agrarias, ya que presupone el abandonar la utilización de la tierra. En nuestra opinión estas actividades, aunque de producción animal, no pueden denominarse ganaderas en el sentido tradicional de la palabra, sino, como hemos señalado al principio, «industriales». De aquí que los buenos resultados que éstas permiten obtener no sean más que confirmación de la falta de rentabilidad de las actividades agrarias propiamente dichas frente a las industriales. Por lo menos en este sector se cumplen ampliamente las presunciones de economías de escala que permite la gran producción.

También se han estudiado las posibilidades que pudieran ofrecer las cooperativas de producción de un reducido número de socios. Los resultados indican que si no se introducen las actividades que acabamos de denominar «industriales», tampoco las cooperativas presentan posibilidades que permitan suponer que ésta será la línea de desarrollo en el futuro. En principio, las cooperativas agrícolas podrían parecer útiles para disminuir la mano de obra en el caserío. Pero una cooperativa sin unidades de producción «industrializadas» es menos rentable que el trabajo industrial, por lo que si se trata solamente de disminuir la mano de obra es

corresponden a instituciones que no las explotan mediante la agricultura, si bien hay que mencionar también la existencia de alguna finca agraria de carácter «latifundista» en términos relativos a las demás de la región.

más rentable trabajar en la industria que participar en una cooperativa. Esto explica por qué tantos caseros jóvenes prefieren convertirse en obreros industriales que iniciar una cooperativa con su explotación.

Si la tierra puede venderse a 100 pesetas/m², en ningún caso es rentable el establecimiento de una cooperativa de producción. Si la tierra no puede venderse, la cooperativa puede ser útil si permite la incorporación de las actividades industrializadas a los caseros que no disponen de medios propios de inversión. En tal caso los beneficios adicionales pueden ascender a cifras entre las 200 a 300 mil pesetas anuales, pero para ello es necesario que existan medios de crédito preferentes para las cooperativas, situaciones que, en la práctica, se dan difícilmente.

Las cooperativas pueden ser útiles para dos tipos de personas: por una parte, para los caseros propietarios de tierra demasiado mayores para trabajar en la industria o en el campo y que, por su edad, tampoco esperan ver el fruto de sus plantaciones de pinares; por otra parte, para aquellos jóvenes que desean permanecer en el caserío porque les gusta esta forma de vida, aunque suponga unos ingresos menores que en situaciones alternativas. La evidencia, sin embargo, es que es reducidísimo el número de personas con estas características.

Finalmente se estudiaron también las posibilidades de las explotaciones que denominamos «extensivas»: explotaciones —absolutamente ficticias, desde luego— de gran extensión y que se dedicasen a la cría de ganado vacuno para carne en régimen extensivo. Se partía de la premisa de que tenían que ser explotaciones familiares, sin mano de obra asalariada. Los resultados para este tipo de explotaciones eran brillantes si no se incluía el precio de la tierra, o la rentabilidad de los pinares. Por este sistema se llegaba a alcanzar las cifras de márgenes brutos más altas por persona y familia de todas las consideradas en el estudio, con excepción de las actividades «industriales». Eran, además, muy rentables comparadas con las posibles utilizaciones alternativas de los recursos.

Pero este cuadro optimista se rompía totalmente al intro-

ducir la consideración de la rentabilidad alternativa de la tierra. Incluida ésta, las actividades extensivas dejan de ser rentables, como es lógico, pues por definición presuponen una baja intensidad de explotación de la tierra. Con el sistema extensivo se puede obtener una alta productividad por persona empleada, pero no la suficiente para que el factor complementario, la tierra, produzca tanto como en otros usos. Lo más importante es que la rentabilidad de la tierra en este sistema no llega siquiera a la de las plantaciones de pinos, por lo que el sistema, bajo la iniciativa privada, aparece como totalmente inoperable.

De todos nuestros resultados se desprende, pues, un punto común; para poder modernizarse y sobrevivir, la pequeña explotación agraria vasca *tiene que ampliar* su dimensión, pero, simultáneamente, *no es rentable ampliar la dimensión* de la explotación si se ha de pagar por la tierra adicional un precio equivalente no ya a los precios de mercado para este factor, sino la rentabilidad alternativa que presentan los pinos. El problema no tiene, por tanto, solución. Se produce una contradicción insalvable entre la propiedad privada de la tierra y las decisiones privadas individuales que ésta comporta —plantaciones de pinos en último caso—, y las necesidades **ineludibles** para la supervivencia del caserío euskaldun. Solamente con un sistema alternativo de organización social que estableciera la actividad económica bajo premisas distintas al beneficio privado y la decisión individual, que suponga la utilización de los recursos bajo el prisma de la utilidad social, puede adecuarse el aprovechamiento futuro de los recursos agrícolas del país con los intereses comunitarios. No hay más remedio que asumir esta contradicción, ya que ignorarla conduciría solamente a imitar al tantas veces denostado avestruz.

Resumiendo: es ya evidente que, según nuestro análisis, en las provincias de Guipúzcoa y Vizcaya la supervivencia de las pequeñas explotaciones agrarias no parece posible. Los agricultores actuales han demostrado ampliamente regirse por el cálculo económico capitalista al evaluar los resultados de sus explotaciones, y el cálculo económico más elemental lleva a constatar la falta de rentabilidad de la dedicación a la agricultura de los recursos productivos. Por

tanto, se plantea su reconversión. Es posible que la adaptación a esta nueva utilización lleve cierto tiempo —y depende además en alto grado de condiciones económicas ajenas al sector—, pero es evidente que su utilización es inexorable. Las pequeñas explotaciones agrarias del país no constituyen formas de explotación estables, sino fenómenos de transición. Es evidente que su desaparición no ha tenido lugar con la rapidez que Kautsky preconizaba y, como veremos más abajo, tampoco su evolución será exactamente como él apuntaba, pero de todos los elementos del análisis que hemos recogido más arriba, y en tanto en cuanto estas predicciones son posibles, parece forzoso afirmar que la desaparición de las pequeñas explotaciones vascas es un fenómeno lento, pero seguro.

Ahora bien, ¿hacia dónde se dirigen las explotaciones actuales? Evidentemente que no pueden constituirse grandes explotaciones, pues hemos establecido que tal proceso no es en ningún caso rentable. El futuro de la agricultura euskaldun bajo el capitalismo no puede dirigirse a la constitución de grandes explotaciones. De hecho, el abandono de las explotaciones que ya ha tenido lugar no ha conducido a una ampliación permanente de las fincas colindantes. Es aquí donde la secuencia kautskiana no es válida para nuestro contexto. En nuestra opinión, en Guipúzcoa y Vizcaya las explotaciones agrarias caminan a su desaparición y la utilización de la tierra se diversificará en dos direcciones. En sus líneas generales la secuencia que nosotros prevemos podría ser como sigue:

El casero que abandona su explotación lo hace porque sus alternativas de beneficio son superiores en otros lugares. El no querrá vender su tierra, como mínimo, por debajo de la rentabilidad que le puedan proporcionar las plantaciones de pinos, y los caseros que permanezcan en la agricultura, si alguno permanece, no pueden comprarla o alquilarla (101); la tierra sólo puede, por tanto, dedicarse a utili-

(101) El alquiler de la tierra en esta zona se produce de forma absolutamente temporal, sin ninguna justificación formal, y sin derecho alguno para el arrendatario. Es una especie de concesión de buena voluntad por parte del propietario, sin ninguna garantía de continuidad. De aquí que este tipo de alquiler no puede llevar, en ningún caso, a modificaciones significativas de la explotación de modo permanente.

zaciones ajenas a la agricultura o a plantaciones de pinares. Pero hay otros aspectos, además, que refuerzan estas tendencias: Ya sabemos que el actual propietario de la tierra —agricultor o no— provee a sus necesidades por otros medios. La tierra, de constituir un medio de producción básico en la agricultura, pasa ahora a convertirse en un ahorro, en un fondo patrimonial que le permitirá una renta o una venta ventajosa en el futuro. El casero euskaldun no tiene prisa por vender su tierra. Las expectativas sobre el precio de la misma le hacen pensar que ésta alcanzará cada vez precios más altos, por lo que se reserva su patrimonio. Sabe que es la mejor herencia que puede dejar a sus hijos y, además, mientras no disponga de ella puede percibir la renta que le proporcionarán los pinares. Es una inversión segura y con un alto valor de futuro. De aquí que, excepto en situaciones personales muy especiales, únicamente la venderá a precios altísimos para utilizaciones no agrarias y/o las montañas euskaldunes se cubrirán de pinos esperando hipotéticas operaciones especulativas en el futuro. Las amplias extensiones de Guipúzcoa y Vizcaya, hoy totalmente cubiertas de pinos insignis, prueban la fuerza de esta tendencia. En un futuro relativamente próximo prevemos que los caseríos actuales constituirán confortables viviendas para los sucesores de los caseros actuales, con una reducida parcela de huerto y jardín para las necesidades y solaz doméstico, y pinares en el resto del campo euskaldun. La utilización turística y para viviendas secundarias de otras zonas completarán el cuadro de lo que hoy constituye el agro euskaldun (102).

EVOLUCION DE LAS EXPLOTACIONES EN OTRAS REGIONES

Es evidente que esta secuencia es únicamente válida para el País Vasco, donde confluyen tres elementos importantes: a) unas explotaciones agrícolas de dimensión extremadamente

(102) Las consecuencias ecológicas de esta secuencia no son materia de este trabajo, pero, sin duda, son muy a considerar por la comunidad vasca.

reducida, b) una extensión territorial muy limitada y una fuerte presión demográfica, y c) un intensísimo fenómeno de industrialización y edificación. En zonas de mayor extensión, y donde la industrialización y urbanización consiguiendo no absorban una parte tan importante de la tierra, es evidente que la utilización no agraria de la misma no puede tener la misma importancia que tiene en nuestro contexto, tanto en términos de uso real como en los de creación de unas expectativas que conduzcan a una congelación práctica del mercado de la tierra. Es difícil imaginar, por ejemplo, que los pequeños agricultores de Palencia o Soria retengan su tierra con la esperanza de una posible venta a precios muy altos en el futuro. La secuencia previsible tendrá que ser diferente.

A pesar de las distintas situaciones, el estudio que comentamos y algún trabajo sobre la provincia de León realizado con anterioridad (103) permiten afirmar que la ampliación de la dimensión de la explotación, para que ésta puede modernizarse y sobrevivir, es absolutamente ineludible. En las zonas de agricultura de secano el tipo de mecanización que puede incorporarse a la pequeña explotación exige imperiosamente la mayor dimensión. Por lo tanto, una tendencia inevitable es la del crecimiento de la dimensión de la explotación. Crecimiento posiblemente más factible, pues el precio de la tierra deberá, en principio, tener relación con su rentabilidad agraria. Ahora bien, en la agricultura española de minifundio se está produciendo un fenómeno no despreciable que puede suponer un cambio importante respecto a la tendencia anterior o, más precisamente, un importante retraso en esta tendencia. Observamos el aspecto siguiente:

Tras el masivo éxodo de los jornaleros agrícolas del campo español han iniciado también su marcha, en proporciones altamente significativas, los pequeños propietarios. Y en relación con éstos puede reproducirse, con alguna variante, el análisis que realizábamos más arriba acerca de la congelación del mercado de tierras. El pequeño labrador

(103) Véase la tesis doctoral *Los objetivos de la política económica y su realización*, de M. Etxezarreta. U. A. B., febrero de 1975.

propietario que emigra, en general, no vende su tierra. Se la cede, de modo muy informal, a un hermano o a un amigo que permanece en el campo. Su problema económico inmediato se resuelve por su ocupación en la inmigración y, la tierra, de nuevo, deja de ser considerada como un medio de producción para convertirse en una reserva patrimonial para el futuro. «Si las cosas van mal...» siempre podrá volver a su triste labranza. La seguridad, la tranquilidad psicológica que esto proporciona al emigrante es importante y hay que tenerla en cuenta. De aquí que en la mayoría de los casos procura no desprenderse de la misma (104), y la cede en términos de favor a sus amigos o parientes, pero siempre en condiciones absolutamente informales y muy precarias de cara a asegurar el disfrute de la misma. Esto supone la congelación de la tierra a la que nos referíamos más arriba. Aspecto que se ve reforzado porque en las condiciones actuales de la agricultura española los precios que se pueden ofrecer para la tierra son muy bajos, lo que elimina el incentivo de la venta. De aquí que el abandono de las pequeñas explotaciones, por una parte, no vaya necesariamente paralelo con la concentración de las explotaciones, por otra. Muy probablemente es necesario el paso de por lo menos una generación para que los herederos de aquellos antiguos labradores, afincados ya totalmente en la ciudad, vendan su patrimonio familiar a los nuevos propietarios de fincas más grandes, no ya pequeños labradores familiares, sino explotaciones empresariales de mayor dimensión.

Hay otro elemento que podría retrasar grandemente la concentración de las explotaciones: la evolución económica general de los países. Está claro que el abandono de las explotaciones pequeñas se produce cuando hay una amplia demanda de fuerza de trabajo en los sectores industrial y de servicios. La existencia de una ocupación alternativa para su propio trabajo es, sin ninguna duda, la condición necesaria para que pueda dejarse de ser labrador. De aquí que si el desarrollo capitalista del Occidente europeo, y el de España

(104) En algunos casos la venta de la tierra ha sido necesaria para la compra de una vivienda en el nuevo lugar de residencia, pero siempre se trata de retener algo o la mayor parte de tierra.

en particular, no provee de los puestos de trabajo necesarios, la mano de obra campesina continuará en la agricultura, exclusivamente por razones de sobrevivencia y porque, además, en tal situación, no encuentra una utilización de sus recursos que le permita una situación más satisfactoria. Es éste uno de los casos en que resulta evidente que, como señala Lenin, no es posible el estudiar (o predecir) cuál va a ser la evolución de la agricultura si no se estudia la evolución general del sistema. La agricultura constituye en la actualidad el sector dependiente de la economía. Suponiendo que el desarrollo capitalista prosiga, y que éste sea capaz de absorber nueva fuerza de trabajo en los sectores no agrícolas (105), puede preverse la continuación del abandono de las pequeñas explotaciones por los propietarios minifundistas de la agricultura española y europea. Es también posible, como hemos señalado, que esto no suponga la inmediata creación de empresas mayores, altamente comercializadas y prósperas, debido al alto valor que como seguro frente al riesgo de la aventura migratoria presenta la tierra. En una segunda generación, sin embargo, es mucho más posible que esta transformación puede realizarse.

Puede argumentarse, sin embargo, que en el resto del Occidente europeo la pequeña explotación sobrevive a pesar de encontrarse en países en los que una intensa industrialización viene ya de antiguo. Es evidente que las pequeñas explotaciones sobreviven en Francia, Alemania y los demás países desarrollados. Precisamente es la tesis de Servolin, Lebossé, etc., que esta sobrevivencia prueba que el capitalismo ha sabido articular estas explotaciones que ellos clasifican como de pequeña producción mercantil para su mejor conveniencia y que, por tanto, se produce una coexistencia estable entre las grandes y pequeñas explotaciones...

Antes de avanzar precisaremos qué se entiende por sobrevivencia. La sobrevivencia de las pequeñas explotaciones va acompañada de la disminución constante en su número, y este proceso no ha cesado desde la descomposición

(105) Otro problema es pensar que tales suposiciones pueden no ser realistas, ante las corrientes cifras de paro y las predicciones para el inmediato futuro.

feudal. Indudablemente, con mucha mayor lentitud de lo que algunos autores habían previsto, y con períodos de franco estancamiento y retroceso, pero la tendencia general ha sido indudable. En Francia, por ejemplo, uno de los países de la Europa desarrollada donde todavía mantiene una mayor importancia la pequeña explotación, de 1882 a 1970 el número de explotaciones familiares ha pasado de 5,7 millones a 1,5, lo que significa que cerca de tres cuartos de las mismas han desaparecido. Asimismo, de 1892 a 1970 la dimensión media (106) de las explotaciones agrícolas francesas ha pasado de 7,5 a 20,5 Ha, es decir, un aumento de casi el 300 por 100 (107).

En los países de capitalismo más desarrollado, para el período 1949-1960 el porcentaje anual de *disminución* de explotaciones oscila entre un mínimo de Dinamarca (0,4 por 100), y un máximo de EE. UU. (3,1 por 100). Esto quiere decir que de cada 100 explotaciones existentes en este último país en 1949, solamente sobrevivirán 69 en 1960, es decir, una reducción de 31 explotaciones en once años. «Los países en que este proceso de concentración de explotaciones se encuentra más avanzado son el Reino Unido, Canadá y EE. UU., en los que están en disminución todos los grupos de explotaciones de dimensión inferior a 120, 162 y 200 Ha, respectivamente, y como las economías de escala no tienen tope de superficie, estos límites seguirán aumentando» (108).

En España «es lamentable la falta de información existente sobre la evolución del número y la estructura de las explotaciones agrarias... (109), pero según estimaciones del S. N. T. para 1955-1963 del número de explotaciones que cultivan dicho cereal (el 43,5 por 100 del total) han disminuido en un 31,6 por 100, mientras que la superficie cultivada ha aumentado en un 9,1 por 100. Sobre la evolución poste-

(106) Dudamos mucho que la cifra de dimensión media de las explotaciones tenga algún sentido.

(107) Datos mencionados por Cavailhes —ob. cit.— sin señalar la fuente.

(108) Del cuadro «Tasas anuales de disminución del número de explotaciones y de la población activa agraria», de la O. C. D. E., recogido por Naredo en *La evolución de la agricultura en España*, 1.ª edición, pág. 106.

(109) Naredo, ob. cit., pág. 108.

rior a 1962 solamente se dispone de informaciones parciales (110). Por ejemplo, en la alta meseta, entre 1962 y 1966, se constata una disminución de explotaciones de 28,9 por 100. Y no solamente en las tierras de secano se observa este fenómeno, sino que en tierras de regadío también» «...en las explotaciones mayores de 100 Ha sólo se encontraba el 10,6 por 100 de las tierras puestas en regadío antes de 1939, porcentaje que se elevó a un 28 por 100 en las tierras puestas en regadío en el período 1939-1950, el 29,6 por 100 de las del período 1950-62 y el 70,4 por 100 de las tierras en transformación en 1962. Asimismo, el 58,3 por 100 de la superficie regada por aspersión se había instalado en las explotaciones mayores de 100 Ha» (111).

Por otra parte, «las explotaciones mayores de 100 Ha, que suponen el 1,8 por 100 del total de las explotaciones (aunque acaparan el 26,8 por 100 de la superficie labrada total), absorben el 36,7 por 100 del número de tractores, el 40,7 por 100 de la potencia en CV del total de tractores y el 61,2 por 100 del número total de cosechadoras autopropulsadas y de arrastre» (112).

Aunque los datos de los Censos presentan grandes dificultades para su comparación, señalaremos también que entre 1962 y 1972 el número de explotaciones ha descendido en un 15 por 100 para todo el Estado español. Si bien las explotaciones mayores de 1 Ha solamente disminuyen en el 6 por 100. En Guipúzcoa y Vizcaya tampoco disponemos de más información sobre la evolución histórica de las explotaciones que los Censos. Según éstos, el número de explotaciones ha disminuido para el período en un 29,1 por 100 en Guipúzcoa y un 20,7 por 100 en Vizcaya, siendo la disminución de las explotaciones inferiores a 2 Ha del 70 por 100 en Guipúzcoa y del 42,4 por 100 en Vizcaya, lo que enmascara, en cierto modo, la evolución para las otras categorías. Si consideramos como «explotaciones agrarias» únicamente

(110) Esta afirmación puede parecer sorprendente ahora que se dispone del Censo Agrario de 1972. Sin embargo, la información obtenida en éstas es de tal naturaleza que dudamos mucho que la comparación entre los datos de los dos períodos pueda utilizarse con alguna garantía de que reflejan un fenómeno real.

(111) Naredo, ob. cit., pág. 117.

(112) E. Bayo. *El manifiesto de la tierra*, pág. 40. Editorial Planeta.

aquellas superiores a 2 Ha, en el período de diez años considerado, en las dos provincias, el número de explotaciones *aumenta* en un 3,1 por 100 y considerando solamente las mayores de 4 Ha, aumentan en 3,9 por 100. Pudiera aducirse que esto demuestra la estabilidad de explotación familiar... En nuestra opinión, y con un profundo conocimiento de la región, nos permitimos concluir que esto demuestra la inexactitud de la información del Censo y la falta de adecuación de sus criterios a aquellos que reflejan la evolución de las explotaciones en activo, a favor de los que han tomado como base el criterio jurídico-formal de la titularidad de la explotación. Por esto dudamos mucho sobre la validez de los datos del Censo para reflejar la evolución de las explotaciones en activo, tanto a nivel de nuestro país como del conjunto estatal. Lo que es ampliamente evidente para quien tenga siquiera un conocimiento somero de la agricultura española es la disminución de las explotaciones agrarias, paralelo a todo el proceso de industrialización del país y al fenómeno migratorio hacia Europa. Es, pues, obvio que las pequeñas explotaciones agrarias están disminuyendo constantemente, aspecto difícil de compaginar con la «estabilidad» del fenómeno que los autores que comentamos propugnan.

Pero es que, además, una gran parte de las pequeñas explotaciones que sobreviven lo hacen merced al apoyo estatal. Como dice Servolin, siendo... «el Estado el encargado del funcionamiento armonioso de la existencia entre los dos modos de producción» (113). A menos que el Estado decida mantener mediante elevados subsidios las pequeñas explotaciones actuales de forma absolutamente artificial, todos los cálculos económicos apuntan hacia la desaparición de las pequeñas explotaciones, motivada por el abandono voluntario de sus titulares ante las mejores opciones que se les presentan en otros lugares. Pero si las pequeñas explotaciones son mantenidas artificialmente por razones políticas, difícilmente puede considerarse que el capitalismo en la agricultura, por lo menos en su organización económica, ha llegado a una coexistencia armoniosa. Si la agricultura

(113) Servolin, pág. 45.

actual fuese una agricultura de competencia y libre mercado, sería una agricultura de grandes explotaciones. Y de hecho es ya una agricultura de grandes explotaciones, pues como el mismo Lisovskij señala, además de otros muchos autores, la mayor parte de la producción agrícola proviene de las grandes explotaciones, y la proporción del producto originado en las mismas es creciente. Además, hay constancia suficiente —ampliamente manifestada en todos los programas de política agraria de los países comunitarios— de que los países respectivos están considerando cada día más intolerable el peso que les supone el mantenimiento de estas pequeñas explotaciones. Los informes Mansholt y Vedelson, quizá, los ejemplos más claros de esta protesta de los gobiernos y las comunidades respectivas respecto al alto costo de los subsidios necesarios para mantener una agricultura menos eficiente de lo que podría ser con explotaciones más amplias.

Comentaremos más adelante este aspecto, pero todo el esfuerzo que las políticas agrarias suponen para una transformación de la agricultura reside precisamente en conducir al establecimiento de fincas cada vez más adecuadas a las necesidades que supone la absorción de las técnicas modernas. Y esta adecuación implica, entre otras cosas, una mayor dimensión. El Plan Mansholt, por ejemplo, es clarísimamente un plan para eliminar las pequeñas explotaciones que difícilmente pueden adecuarse a las necesidades de una tecnología moderna. De aquí que, probablemente, el número de pequeñas explotaciones irá todavía reduciéndose más intensamente a medida que su mantenimiento sea más costoso para los estados y las posibilidades de que absorban las oportunidades que la técnica les brinda más remotas. Esto, lejos de suponer que el mantenimiento de las pequeñas explotaciones es «lo más adecuado para el capitalismo» (Lebossé), nos lleva a pensar que el fenómeno de sostenimiento de una agricultura artesanal está resultando ya demasiado caro para el mismo y que, por tanto, es un fenómeno a eliminar progresivamente. Precisamente todo el tratamiento de la evolución de la agricultura en términos de «problema agrario» prueba claramente que la coexistencia de las grandes y pequeñas explotaciones no se produce en armonía,

sino que la existencia de unas —las grandes, con sus posibilidades de aplicación de una técnica mucho más eficiente— plantea problemas para las otras —bajos precios agrarios, bajos niveles de vida, necesidad de modernización— que parecen conducir a la desaparición de gran número de las últimas. Si, además, al estudiar las condiciones de coexistencia o competencia de las explotaciones grandes y pequeñas incluyésemos el comercio —y, por tanto, las explotaciones— a nivel internacional, el dominio de las primeras sobre las últimas aparece con claridad meridiana. Una de las razones de la sobrevivencia de las pequeñas explotaciones es, sin duda, la protección de los estados a sus productos agrarios. Todos los signos son de que la protección a las explotaciones muy pequeñas está empezando a pesar excesivamente en la organización económica de los países de capitalismo avanzado, lo que creará todavía más dificultades para la sobrevivencia de aquéllas.

LAS PEQUEÑAS EXPLOTACIONES SON CAPITALISTAS

De cuanto antecede creemos que se deducen dos conclusiones: a) que las pequeñas explotaciones que sobreviven son una minoría en relación con las que han desaparecido; y b) que la sobrevivencia actual es parte de un lento proceso de extinción de la mayoría de las pequeñas explotaciones. Por tanto, la coexistencia actual no es ni estable, ni permanente.

Para completar este análisis tenemos que referirnos a un tercer elemento esencial en el estudio de la evolución de las explotaciones y al que no nos hemos referido hasta ahora: las pequeñas explotaciones que sobrevivirán no lo harán por pertenecer al pequeño modo de producción mercantil y estar dispuestas a prescindir de la rentabilidad del capital, sino que son explotaciones capitalistas que sobreviven, precisamente, porque han conseguido ser rentables bajo tal modo de producción. No permanecen a causa de que han sido absorbidas, adecuadamente explotadas por el capitalismo y, por tanto, le interesa a éste que sobrevivan como reliquias de otro modo de producción que se ha logrado

hacer más «aprovechables» que las propias explotaciones capitalistas. Solamente las formas de producción capitalistas pueden mantenerse de modo estable en el capitalismo. En tanto en cuanto la producción agraria sea capitalista, y este capitalismo sea rentable, permanecerán sus unidades de producción.

A nuestro entender, el error que está en la base de toda esta polémica reside en igualar «explotación capitalista» con «gran explotación» y, por un procedimiento residual, concluir entonces que la pequeña explotación es, por naturaleza, no capitalista. Kautsky, en las condiciones de su época, parte de tal identidad, y los autores modernos que le discuten no muestran haber captado la diferencia de coordenadas entre la pequeña explotación actual y las pequeñas explotaciones de hace cien años. Mejor dicho, han captado con extraordinaria claridad la evolución cualitativa intensísima de las pequeñas explotaciones, que de unidades artesanales prácticamente de subsistencia se han convertido en pequeñas empresas agrarias totalmente vertidas al y dominadas por el mercado —pero no han concluido que tal cambio suponía una transformación del propio modo de producción en el que estas unidades se desarrollaban—, sino que han intentado explicarse la evolución dentro del modo de producción anterior, del modo de producción de la pequeña producción mercantil. Para nosotros, los trabajos de Servolin, Lebossé, Lisovskij, etc., son el exponente más claro de la evolución de las unidades agrarias del pequeño modo de producción mercantil al modo de producción capitalista. Solamente que estos autores, al partir de que las grandes y pequeñas explotaciones han de coexistir de modo permanente y estable, y ser esta estabilidad poco probable desde el punto de vista capitalista, se han visto obligados a concluir que las pequeñas explotaciones, manteniéndose en un modo de producción anterior, y aceptando no valorizar su capital, podrán mantenerse frente a la competencia de las mayores unidades capitalistas. El error de razonamiento de estos autores, para nosotros, reside en su premisa de estabilidad y permanencia, que tratan de demostrar y les lleva a conclusiones equivocadas. Precisamente, insistimos, la evolución de las pequeñas explotaciones que estos auto-

res estudian y analizan en sus trabajos prueba con claridad mediana que estas explotaciones están muy lejos de constituir modos de pequeña producción mercantil. Entre las explotaciones de 1850 y 1970 hay una profunda diferencia cualitativa que es necesario incorporar en el análisis, permitiéndole ocupar el lugar que por su importancia requiere.

No es posible mantener que ambas explotaciones son iguales a pesar de que su extensión territorial vaya permaneciendo constante. Estamos totalmente de acuerdo con Antonio Gámiz cuando afirma «tan falaz es considerar equivalentes el latifundio y la gran explotación industrial como asimilar la explotación familiar campesina a la explotación moderna familiar» (114).

Al presentar el trabajo sobre el País Vasco hemos afirmado que los labradores actuales tratan de obtener un beneficio por su capital y los demás recursos que poseen. En aquella parte deliberadamente hemos omitido referirnos a la diferencia entre los modos de producción que esto implica, pero ahora necesitamos justificar en tal sentido nuestro análisis.

El mismo Gámiz conceptualiza la agricultura familiar. Para este autor, las características clave de este tipo de explotaciones constituyen: a) que la fuerza de trabajo sea exclusivamente familiar, y b) que el titular de la explotación detente la autonomía y capacidad de decisión necesarias para la asunción del riesgo de la actividad económica. ¿Es posible que tal tipo de explotación sea una explotación capitalista?

El problema mayor al respecto parece residir en la ausencia de mano de obra asalariada en la explotación familiar. Si el capitalismo se define fundamentalmente por la utilización de la plusvalía obtenida de la mano de obra asalariada, este elemento fundamental está ausente de nuestra explotación familiar. ¿Invalida esto el carácter capitalista de toda pequeña explotación?

Samir Amin, en su obra «Imperialismo y desarrollo de-

(114) A. Gámiz, «Agricultura familiar y dependencia en la producción bajo contrato». *Agricultura y sociedad*, número 1.

sigual» (115), rechaza que en la agricultura, por analogía con la industria, se considere que «la unidad de producción sea capitalista si utiliza un equipo considerable de mano de obra asalariada. Se medirá, pues, la extensión del capitalismo agrario por el desarrollo de la asalarización y de la maquinaria agrícola». Según este autor, «en el modo capitalista: 1) todo el producto social toma la forma mercantil; 2) la fuerza de trabajo misma es una mercancía (el trabajo es móvil), y 3) el capital, que es una relación social, está cristalizado en equipo que constituye también una mercancía (el capital es móvil)...; por consiguiente, *la alienación propia del capitalismo es la alienación mercantil* (116), y, finalmente, la instancia económica no sólo es determinante en última instancia, sino también dominante». Es evidente que la última característica es la forma general de la sociedad actual e incluso también en el ámbito específicamente agrícola y/o rural, mientras que está también muy claro que la alienación mercantil constituye el fenómeno característico de la producción de la pequeña explotación. El que una explotación agraria utilice o no trabajo asalariado, sea mayor o más pequeña, no es el elemento esencial en la determinación de si constituye o no una forma de producción capitalista. Cuando una unidad de producción está totalmente dirigida al mercado, en la búsqueda de la valorización de su capital, creemos que se puede afirmar que estamos frente a un fenómeno claramente capitalista.

Puede aceptarse, aunque con reservas, que Kautsky, con la técnica de la época, considerase que para producir con una óptica empresarial, de mercado, era necesaria la gran explotación. No obstante, esta misma técnica permite ahora que una unidad familiar con altas inversiones alcance una intensidad de producción que le proporcionará necesariamente una orientación empresarial, de producción de mercancías, dirigidas a valorar el valor de cambio de las mismas. No se trata de una unidad de pequeña producción mercantil, dirigida al mantenimiento y reproducción de la familia que trabaja, sino de una pequeña empresa capitalista

(115) S. Amin, pág. 52.

(116) El subrayado es nuestro.

totalmente dirigida a la valoración de su capital. Que esto puede realizarse sin utilizar mano de obra asalariada, o en una explotación mayor o menor, no son más que elementos secundarios en el contexto del elemento principal, que consiste en la producción de mercancías para el mercado con objeto de obtener una valorización de su capital. Una granja familiar, que produce exclusivamente para el mercado, altamente mecanizada, con importantes instalaciones y procesos de producción altamente tecnificados, aunque su extensión sea de 20 Ha, constituye un mecanismo tan capitalista de producción como una explotación de 200 Ha con un par de peones y de débil intensidad productiva. El criterio para clasificar si nos encontramos o no ante una estructura capitalista de producción no puede ser el de la utilización de asalariados, o la extensión, sino el objetivo del proceso productivo y la naturaleza de tal proceso. Una pequeña (117) explotación familiar es indudable que puede ser una explotación capitalista.

Para reforzar nuestra afirmación vamos a llamar al propio Marx en nuestro apoyo. Marx, en «El trabajo de los artesanos y los campesinos en la sociedad capitalista» (118), señala: «Es posible que estos productores (artesanos y campesinos), trabajando con sus propios medios de producción, no sólo reproducen su fuerza de trabajo, sino que crean plusvalía, mientras que su posición les permite apropiarse para sí mismos de su propio plus-trabajo o parte de él (ya que una parte es absorbido en forma de impuestos, etc.)...» El campesino independiente o el artesano está dividido en dos personas. Como propietario de los medios de producción es

(117) Es, además, muy difícil precisar qué supone una gran explotación. ¿Es una empresa agraria grande con 50, 500 ó 5.000 Ha? Es muy posible que, dependiendo de la naturaleza de la producción, el número de asalariados sea muy parecido en las tres... Por otra parte, ¿se refiere el calificativo de «grande» al propio sector o se compara con las explotaciones industriales? En el segundo caso es prácticamente imposible que existan grandes explotaciones agrarias. «Parece que en relación a la dimensión del capital financiero en la época del capital financiero, ellas (las explotaciones agrarias) no son finalmente más que formas pequeño burguesas de producción» (C. pág. 119).

(118) K. Marx: *Theories of surplus value. Conception of the Relation between capital and labour as an exchange of services*. Vol. I. Lawrence and Wishart. London, 1969, págs. 407-409.

Agradezco a Roberto Tomás haber llamado mi atención sobre el interés de este pasaje para mi argumentación.

un capitalista; como trabajador es su propio asalariado. Como capitalista se paga a sí mismo un salario y obtiene un beneficio de su capital, es decir, se explota a sí mismo como asalariado, y se paga a sí mismo, con la plusvalía, el tributo que el trabajo debe al capital... los medios de producción se convierten en capital solamente en cuanto se han separado del trabajador y confrontan a éste como un poder independiente. Pero en el caso que estudiamos el trabajador es el poseedor, el propietario de sus medios de producción. No son, por tanto, capital, como tampoco en relación a ellos él es un asalariado. Sin embargo, son considerados como capital y él se divide en dos, de modo que él, *como capitalista*, se emplea a sí mismo como asalariado (119).

La larga cita de Marx expresa tan claramente el fenómeno al que hemos querido referirnos que nos parece superfluo todo otro comentario. Es evidente que la presencia de asalariados no es el factor esencial para la naturaleza capitalista de la explotación agraria, del mismo modo que no lo es en absoluto el factor de su dimensión. En las condiciones tecnológicas y sociales actuales un gran número de empresas agrarias familiares, mayores o menores, son unidades de producción de carácter totalmente capitalista.

Y es, en tanto tales explotaciones capitalistas, que estas unidades buscarán una ampliación en su dimensión. Las condiciones de producción actuales (precios de los productos, tecnología moderna, aspiración de un estándar de vida creciente, necesidad de amortización y valorización de un capital considerable) fuerzan a una intensa modernización que permita absorber la tecnología disponible. Absorción que presupone una fuerte inversión de capital en maquinaria e instalaciones. Precisamente porque el pequeño empresario trata de valorizar su capital requiere que esta inversión sea rentable. Y no puede ser rentable si la extensión de su explotación es reducida. «Con parcelas de doce hectáreas nos inducen a que compremos un apero de maquinaria individualmente, que vale millón y medio de pesetas y que

(119) El subrayado es nuestro. Es de gran interés todo el párrafo de Marx al respecto, que omitimos por no ampliar este trabajo.

nos entrapa. ¿Y cuándo van a amortizar doce hectáreas millón y medio de pesetas?» (120). Económicamente, y porque son estructuras de producción capitalistas, tenderán a una ampliación de su explotación. La pequeña explotación minifundista no puede subsistir. Precisamente cuando esta ampliación no puede darse de forma que valore el capital invertido es cuando la pequeña explotación «regresará» a su situación de origen, de economía de cuasisubsistencia, de pequeño modo de producción mercantil, pero solamente hasta que su titular la abandone para engrosar las filas de asalariados en otros sectores, o hasta su muerte si éste es mayor y no puede trabajar como asalariado, o utilizándola como un mecanismo de complemento de ingresos por medio de la explotación de dedicación parcial. La explotación tiene que ser mayor, precisamente porque es capitalista.

Es posible, sin embargo, que este *mayor* no presuponga, en principio, una gran explotación con personal asalariado. Los nuevos sistemas de producción, la combinación de ganadería y agricultura, la intensificación que las nuevas técnicas permiten, es posible que originen explotaciones de considerable capacidad de producción, con una extensión mucho mayor que las explotaciones minifundistas actuales, pero no de gran superficie territorial. Una explotación de 50 Ha de tierra cultivable de regadío y 80 vacas es todavía una explotación familiar, desde luego capitalista, pero no es una gran explotación. Muy posiblemente estas explotaciones pueden, todavía, obtener un beneficio al capital, y, por lo tanto, permanecerán más tiempo. El capitalismo ha destruido ya prácticamente el modo anterior de producción, ha penetrado ya totalmente en la esfera de la producción agrícola, estableciendo formas de producción capitalistas, sin que esto haya exigido necesariamente grandes extensiones. Precisamente tenemos que referirnos de nuevo a los trabajos de Servolin y Lebossé y otros que demuestran la posibilidad de la existencia de este tipo de explotaciones, si bien sin reconocer su verdadera naturaleza. ¿Se atreverá alguien

(120) Gonzalo Sánchez, jornalero andaluz, en «Un millón de votos sin amo». *Cuadernos para el diálogo*, número 207.

a clasificar bajo el modo de pequeña producción mercantil la granja ganadera a la que acabamos de referirnos?

A pesar de todo, este fenómeno sigue suponiendo una estructura no estable. Todos los indicios apuntan a que ni siquiera este tipo de explotaciones capitalistas son suficientes para sobrevivir. Las protestas de los labradores franceses, tan vehementes, responden precisamente a este tipo de agricultura. La técnica moderna indica ya que incluso estas explotaciones quedarán obsoletas en pocos años... y surgirá un nuevo proceso de concentración, muy probablemente basado no en el pequeño labrador que consigue convertirse en un pequeño empresario capitalista, sino por la proletarianización de éstos y la aparición de capital ajeno al sector, que montará auténticas empresas agrarias con personal asalariado. Incluso en ciertas regiones del campo español se percibe ya una tendencia a estas explotaciones. Valladolid, Guadalajara, Palencia, Soria, son testimonio del establecimiento de este tipo de explotaciones por capitalistas madrileños... Todo fenómeno capitalista tenderá a la concentración y centralización del capital. Y esto es verdad aunque esta concentración se encuentre dificultada por la naturaleza de un proceso específico y haya de establecerse entre límites muy estrechos si se les compara con otros sectores (121).

CONCLUSIONES

En nuestra opinión, de cuanto antecede pueden deducirse los siguientes puntos:

1. El esquema de Kautsky presenta una visión excesivamente lineal y mecanicista del proceso del avance del capitalismo en la agricultura. La realidad ha demostrado, por un lado, que sus predicciones, hasta ahora, han ido

(121) En el caso del sector agrícola habría un elemento clave que dificultaría la ampliación de la dimensión territorial de la explotación: el precio de la tierra, que impone una alta inversión en capital fijo en relación con el valor de la producción, relación que no se da con la misma intensidad en otros sectores y que, indudablemente, dificulta la ampliación de las explotaciones. Precisamente esta dificultad podría ser la que ha llevado a una intensificación de la producción agrícola por medios distintos a la expansión territorial mientras esto es posible económicamente.

realizándose con mucha mayor lentitud de la esperada; por el otro, que el proceso de transformación de la agricultura es un proceso más complejo y sutil que la mera expansión territorial. Hemos visto que existen formas capitalistas de producción en la agricultura distintas a la de la gran explotación, si bien se perfila que éstas, a su vez, serán únicamente temporales. Finalmente, sus predicciones acerca de la proletarianización del campesinado por su asalarización en las grandes explotaciones no se ha cumplido. A pesar de su intensa fe en el progreso técnico, Kautsky no llegó a predecir que muy pocos trabajadores bastarían para una gran explotación, o que únicamente con el trabajo familiar podría lograrse una intensificación de producción suficiente para las primeras etapas de la implantación de las formas de producción capitalistas en el campo.

No obstante, creemos que los elementos esenciales de su esquema continúan siendo válidos y que la evolución de la agricultura en el largo plazo camina hacia las grandes explotaciones, si bien no tan rápidamente como se esperaba: «Que este proceso sea lento, mucho más de lo que creían los marxistas a comienzos de siglo, es incontestable. Pero no se puede utilizar como pretexto esta lentitud para negar el proceso en sí mismo» (122). Por otra parte, parece de interés destacar que, con frecuencia, se han ignorado las variadas y múltiples cualificaciones que Kautsky establece para el proceso que propugna, alguna de las cuales hemos recogido en nuestro resumen de su trabajo. La evolución de la agricultura no es y no puede asimilarse a la de la industria. En parte porque la tecnología actual permite unos avances muchísimo más rápidos en el campo industrial, en parte porque la industria surge sin unos previos procesos existentes que podían suponer un freno importante a su transformación. El artesanado no agrario supone una reducida parte de la actividad productiva y, lógicamente, es rápidamente dominada y superada por un nuevo sistema de producción que, podríamos decir, viene a ocupar un «espacio vacío». No es así en la agricultura, que constituye la forma mayoritaria de la actividad económica y presenta

(122) Cavailhes, pág. 137.

fuertes resistencias a su desaparición como tal. Es interesante constatar que en el comercio, otra forma de actividad económica implantada con relativa amplitud, tampoco los avances del capitalismo han sido tan veloces como en la industria. Ambas formas de actividad, agricultura y comercio, representan espacios «ocupados» por el previo modo de producción. De aquí que, teniendo en cuenta todas las cualificaciones que pueden retrasar el proceso, las ideas básicas de Kaustsky no pueden ser fácilmente rechazadas.

2. Servolin, Postal-Vinay y Lebossé/Ouisse, para poder explicar la existencia de la pequeña explotación familiar y postular su estabilidad en el sistema capitalista, se ven obligados a equipararla a formas de producción de la pequeña producción mercantil y a considerar que los pequeños agricultores aceptan el no obtener una remuneración a su capital, aspectos ambos que hemos discutido ampliamente en nuestra interpretación de la evolución agraria. Esta visión de la pequeña explotación agraria surge, por una parte, de sobrevalorar el fenómeno de su sobrevivencia —por ejemplo, en ningún caso menciona Servolin la importancia creciente de la producción de las grandes explotaciones— y, por otra, quizá más importante, de no percibir la mutación cualitativa entre las formas de la pequeña producción mercantil de hace cien años y las actuales explotaciones agrarias de pequeña dimensión. Igualar las formas de «La pequeña producción mercantil» con «las pequeñas explotaciones agrícolas» no se sigue necesariamente. Para ellos no parece haber diferencia entre las explotaciones de principios de siglo y las actuales en cuanto a objetivos económicos (123). El fracaso en detectar esta diferencia esencial entre los dos tipos de explotaciones —de la misma o similar dimensión— está en la base del razonamiento que criticamos.

Otro elemento importante que no podemos aceptar es su tratamiento de todas las pequeñas explotaciones como unidades homogéneas (124). De aquí que no distinguan entre

(123) Las diferencias en técnicas, sistemas de producción, intensidad de producción, son ampliamente recogidas por estos autores, pero en ningún caso parecen implicar para ellos una diferencia en la totalidad del proceso, o en sus objetivos.

(124) Servolin incluso critica duramente el esquema de «las tres agriculturas» de Massis.

aquellas que pueden transformarse con éxito en las empresas capitalistas de las que no tienen otro camino que su propia proletarización.

Hay, sin embargo, elementos de gran interés en los trabajos de estos autores, así como en el de Lisovskij. En su análisis estudian con gran cuidado las formas en las que el capitalismo «acorralla» en cierto modo a las unidades de producción de formas anteriores, hasta que les fuerza a una transformación en unidades capitalistas o en su paso al proletariado. Detectan también con gran ingeniosidad las formas en que la gran empresa agrícola o industrial explota al pequeño empresario rural (del mismo modo que la gran empresa monopolista explota a la pequeña y mediana empresa industrial). Es importante su análisis sobre la inevitabilidad de una intensificación en la producción, la necesidad de los inputs externos, y especialmente de la financiación exterior, el dominio que las industrias agrarias ejercen sobre el mercado y, por tanto, sobre los pequeños productores y, finalmente, la inevitable proletarización del campesino. En este último aspecto, sin embargo, tenemos de nuevo que hacer alguna reserva respecto a sus conclusiones: a) considerar que es un fenómeno generalizable a todos los campesinos, consecuencia de la homogeneización de las explotaciones a las que nos hemos referido en el párrafo anterior. No distinguen entre el campesino que logra establecer una explotación con éxito, con criterios capitalistas, de aquel que no ha conseguido absorber los elementos necesarios para ello, es decir, de transformar su modo de producción, y b) concluyen que el pequeño campesino se convierte en proletario «in situ», es decir, dentro de su explotación, y que esta situación continuará y es estable porque el campesino ya ha aceptado esta premisa para su actividad. No consideramos nosotros así la secuencia. El campesino que no puede «hacer capitalista» su explotación es, desde luego, proletarizado en la misma, pero relativamente por poco tiempo. Con pocas excepciones, el campesino en tal situación abandonará el campo en cuanto le sea posible —y aquí juega un gran papel el desarrollo industrial y la preparación profesional del labrador— y pasará a formar parte del proletariado industrial. Si no puede acceder a un empleo indus-

trial, como ya hemos señalado repetidas veces, se ocupará de que sus hijos puedan hacerlo (125). La proletarización del campesino es, pues, real, pero no estable en el propio sector.

Quisiéramos referirnos brevemente a la aportación de Lisovskij. Partiendo de una relación cambiante entre la agricultura y la industria, a medida que avanza el capitalismo industrial, su versión parece más realista, más actualizada que la de los demás autores que acabamos de comentar. Como ya hemos dicho, no participa en la discusión sobre la dimensión de las explotaciones, sino que se dedica a analizar las formas específicas en que el capitalismo monopolista industrial absorberá el excedente generado en el sector agrario. Complementario en cierto modo del análisis de Servolin, presenta, sin embargo, una visión del «fenómeno agrícola» muchísimo más amplia que aquél, señalando explícitamente la vinculación entre los diversos sectores, la imposibilidad de un análisis de la agricultura en aislamiento, el carácter cambiante de las relaciones entre ellos con el desarrollo capitalista y la naturaleza capitalista de la explotación agraria. No obstante, no se dedica a un estudio de la evolución interna del sector agrario, por lo que no encontramos en él predicciones acerca de la futura conformación de aquél, o sobre la posible estabilidad de las explotaciones actuales, o la relación entre explotaciones de naturaleza heterogénea. Podría decirse que el trabajo de Lisovskij se propone un objetivo más parcial, menos ambicioso que el de los demás autores recogidos. En cierto modo podría considerarse que su artículo no corresponde estrictamente al tema que aquí tratamos. Creemos, sin embargo, que es de interés el haberlo recogido dada la importancia de su análisis de la articulación del sector agrario de acuerdo con los intereses de la industria monopolística.

Podría decirse que todos estos autores han detectado

(125) Por ejemplo, es impresionante el gasto en educación y el sacrificio que los campesinos castellanos realizan para que sus hijos tengan una educación que los permita abandonar el campo. Muchos de ellos enviarán a sus hijos a la ciudad desde los diez años para que esto sea posible, aún a costa de durísimo sacrificios tanto afectivos como económicos.

con éxito la doble función que el desarrollo del capitalismo ejerce en el campo: Primero, muestran el mecanismo que fuerza a las explotaciones de la pequeña producción mercantil a convertirse en empresas capitalistas y segundo, descubren la naturaleza del proceso capitalista de la pequeña explotación agraria y la creciente absorción de su excedente por la industria, aspecto que conduce a la proletarización de unos campesinos y a «ser más capitalistas» a otras explotaciones. Estas, para sobrevivir, tienen que integrarse cada día más al capitalismo, siguiendo necesariamente los esquemas de la reproducción ampliada que todo fenómeno capitalista exige. El fracaso en no detectar esta diferencia en dos fases hace que los análisis de estos autores se queden en unas visiones parciales y muy limitadas de la evolución agrícola. En el fondo, parafraseando a Lenin en su comentario a los populistas, también parece que a éstos «los árboles les impiden ver el bosque».

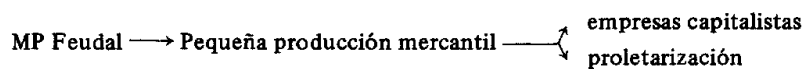
Una nota marginal para completar nuestro comentario: En todos los autores que critican a Kautsky y su tipo de análisis, y tratan de demostrar la permanencia y estabilidad de la pequeña explotación (126), puede detectarse una especie de juicio ético, de preferencia moral por la pequeña explotación. No aumentaremos con más citas éste ya largo artículo, pero cualquier lector atento de los trabajos que hemos comentado podrá descubrir por sí mismo que por muy variadas razones (costumbristas, morales y políticas) existe una valoración ética superior de las pequeñas explotaciones que de las grandes. Es como si, en cierto modo, se mantuviese todavía una visión romántica de la vida rural y las excelencias del trabajo familiar en la propia explotación. Evidentemente, nada tenemos en contra de esta concepción en cuanto representa las opciones personales de ciertos autores, pero no podemos dejar de señalar cómo esta opción previa condiciona, en nuestra opinión, el tipo de análisis realizado. Podríamos también señalar que, si se parte de

(126) En este grupo habría que incluir también otros autores que propugnan medidas para el mantenimiento de estas pequeñas explotaciones (Malassis, por ejemplo), si bien éstas son más explícitas acerca de sus fines apriorísticos de valor. Es necesario al mismo tiempo exceptuar a Lisovskij de esta apreciación.

tales juicios de valor, sería de mayor interés para su trabajo si éste se hiciera explícito al principio del mismo, en lugar de tener que percibirlo diluido entre el resto del análisis.

3. Posiblemente a este estadio es ya evidente que la interpretación que nos parece ilumina de modo más fértil el fenómeno que tratamos de analizar es la proporcionada por Cavailhes en su lectura de Lenin. Este análisis permite no solamente descubrir los elementos más significativos del proceso, sino encuadrarlos, articularlos en una totalidad, explicándonos sus interrelaciones y su dinámica. Destacaríamos los siguientes elementos de interés de este trabajo:

a) Partiendo de la descomposición feudal permite analizar cómo en una primera etapa se produce la pequeña producción mercantil, para inmediatamente pasar a recoger la nueva descomposición de este modo de producción que dará lugar a dos desarrollos distintos: por un lado, las empresas agrarias capitalistas, de las que no tendremos necesariamente que clasificar en función de su dimensión o asalarización rural, y por otro, la proletarización de los campesinos que no pueden integrarse en el proceso anterior. Proletarización que podrá producirse dentro o fuera del mismo sector. Esquemáticamente podría recogerse el esquema Cavailhes/Lenin:



mientras que, como ya hemos visto, en los demás esquemas no se distingue esta diferencia en las dos etapas, que, sin embargo, consideramos clave para poder entender la evolución de las pequeñas explotaciones en la actualidad.

b) Proporciona un esquema global que permite la explicación unitaria, totalizante del fenómeno de la estructura agraria (127). No divide a ésta en dos grandes bloques prác-

(127) Esta integración nos recuerda la diferencia existente también en las explicaciones sobre los fenómenos del desarrollo y subdesarrollo de los países. Un gran bloque de doctrinas tratan a los dos aspectos como fenómenos separados; el otro gran bloque, como partes integrantes de una unidad. La fecundidad y utilidad de la segunda tendencia ha sido

ticamente independientes de grandes y pequeñas explotaciones, ambas con distintos objetivos (unas buscan el beneficio y otras la reproducción simple) y modos de producción, sino que permite integrarlas como partes de una dinámica motivada por el MP capitalista del conjunto del sistema.

Este esquema general permite incorporar en él prácticamente todos los análisis parciales que hemos comentado. Con él se pueden entender, por una parte, la constitución de grandes explotaciones en algunos casos —y aquí podría integrarse el análisis histórico de la región soissonnesa de Postal-Vinay como una ilustración de los factores que inciden para que la descomposición del modo de producción feudal dé lugar a la gran explotación—, mientras que permite también explicarse la génesis de las pequeñas explotaciones que analizan Servolin y otros. La diferencia esencial y clave entre el análisis leninista y el de estos autores consistiría en que, mientras éstos afirman que por tratarse de estructuras no antagónicas y del modo de pequeña producción mercantil constituyen fenómenos estables, Lenín-Cavailles insisten en que las formas de la pequeña producción mercantil constituyen formas transitorias en permanente reflujo que conducirán a explotaciones capitalistas o al proletariado.

La visión L-C permite también integrar en el análisis la clasificación, tan utilizada por los autores franceses especialmente, de las tres agriculturas: de subsistencia, artesanal y capitalista (128). Este esquema descriptivo, según Servolin, que lo critica, «permitía distinguir netamente entre las explotaciones indiscutiblemente capitalistas y las otras. Entre las otras, que denominábamos «artesanales», separábamos las explotaciones que habían hecho el esfuerzo máximo de adaptación al modo de producción dominante por la intensi-

tal que en la actualidad casi hasta la mayoría de integrantes de la primera en otras épocas la aceptan y basan en ellas su análisis. Nos da la impresión de que esto pudiera reproducirse en el análisis de la evolución en la agricultura.

(128) Clasificación originalmente establecida por L. Malassis en *Economie des exploitations agricoles*, París, 1958. Este esquema fue adoptado por otros autores y especialmente por el C. N. J. A. para la formulación de reivindicaciones que conciernen a la política agrícola.

ficación, la especialización, el recurso al crédito, la ampliación de su superficie, etc., de aquellas que, por todo tipo de razones, no habían podido adaptarse más que muy débilmente y vegetaban en los límites de la economía de subsistencia» (129).

Se desprende con claridad que en el sistema analítico de Lenin las dos categorías «no capitalistas, o artesanales» de Servolin serían las explotaciones de pequeña burguesía: «las que logran adaptarse» de Servolin serían las que tienen éxito en la conversión de empresas capitalistas, del esquema de Lenin y, por tanto, estarán en el período de transición hacia el sistema dominante. El mismo Servolin, aunque en desacuerdo con ello, constata que: «Este esquema fue adoptado... para la formulación de reivindicaciones que conciernen a la política agrícola... (en una segunda etapa); la agricultura número dos (la de tipo artesanal, modernizable) estaba considerada como una forma de transición, como el medio donde se reclutarían los nuevos agricultores, destinados a lograr el paso de la agricultura a la economía de empresa, a la competencia, al capitalismo» (129). Las segundas, las que «por todo tipo de razones no habían podido adaptarse», son aquellas explotaciones que, incapaces de avanzar en la senda del capitalismo, pasarán a engrosar las filas del proletariado.

Puede también señalarse que tanto Servolin como Livovskij han demostrado que las explotaciones «medias» (pequeñas explotaciones capitalistas en nuestro esquema) proporcionan una mayor oportunidad de absorción de excedente a la totalidad del sistema de aquellas explotaciones de subsistencia, que no se incorporan más que muy débilmente a los circuitos de mercado, tanto de inputs como de outputs. Este último tipo de explotaciones no le interesan al capitalismo. Consecuentemente, además de los problemas sociales y del costo de subsidios que su existencia puede representar, es de interés del capitalismo que estas explotaciones «irrecuperables» para el sistema desaparezcan, y de ahí los planes de racionalización de la agricultura de los

(129) Servolin, págs. 62-63.

países desarrollados. Las pequeñas explotaciones que existen tienen que ser capitalistas, pues las de pequeña producción mercantil todavía existente no pueden ser incorporadas a los mecanismos de explotación del capitalismo en beneficio de los intereses dominantes del sistema.

c) El esquema de L-C permite también resolver el importante problema planteado por la falta de crecimiento de los asalariados en la agricultura. Los autores que, como Kautsky, predecían la concentración de las explotaciones agrícolas, completaban su análisis señalando que esta concentración produciría la proletarización del campesinado. El capitalismo llevaría a crear grandes explotaciones «industrializadas» y se produciría un considerable aumento de la mano de obra asalariada en el sector. En la concepción de Kautsky esto permitiría y estimularía la creación de un proletariado agrario con una acepción y una práctica revolucionarias en el sector agrario.

Es evidente que estas predicciones han resultado erróneas. Por una parte, el sector agrario de todos los países desarrollados ha experimentado unas intensísimas reducciones en la población activa que absorbían. En Francia, en 1852, la población agraria masculina era aproximadamente de ocho millones, habiéndose reducido a menos de tres millones para 1962. En EE. UU., entre 1850 y 1950, había partido de una cifra próxima a los 6,5 millones para remontarse a 10,5 a principios de este siglo y disminuir a poco más de 5,5 millones en 1960. Tomando cifras de todos los países de capitalismo avanzado se observa que la disminución anual entre 1950 y 1960 de población activa oscila entre un 4,2 por 100 para Alemania hasta un 1,7 por 100 para el Reino Unido (130). Lo que muestra la magnitud del fenómeno de disminución de la mano de obra en el sector. Es bien conocido que en la actualidad la población activa dedicada a la agricultura supone una parte muy reducida de la fuerza de trabajo total en todos los países desarrollados y no abundaremos en este aspecto. Y es conocido también que dentro de esta mano de obra minoritaria y decreciente, los asalariados están en franca disminución.

(130) Naredo: *La evolución de la agricultura en España*. Primera edición. Pág. 106.

En España este fenómeno ha sido particularmente acusado. Tampoco incidiremos en proporcionar muchos datos por ser harto conocidos y existir amplia bibliografía al respecto (131). Solamente señalaremos que en 1900, sobre una población activa de unos 6,8 millones de personas, 4,5 millones se dedicaban a la agricultura (66 por 100), mientras que en 1970, de una población activa superior a los 13 millones, escasamente tres millones se dedicaban al sector (23 por 100). Para 1977, las estimaciones más bajas las establece M. Gaviria, dando como población activa agraria real la cifra de 1.567.000 personas, o el 11,3 por 100 de la población activa nacional (132). Pero es que, además, dentro de esta reducción, los asalariados han disminuido mucho más intensamente que la población activa total. A pesar de que existen fuertes disparidades entre las estadísticas que recogen estos aspectos, parece que se puede afirmar que «la disminución de la población activa agraria en el período 1950-1960 ha sido el resultado de la distinta evolución de los asalariados y los no asalariados. Mientras el número de asalariados agrarios descendía en más de medio millón en este período, el número de empresarios y ayudas familiares mantuvo cierta estabilidad, suavizando el efecto de aquella disminución en el total de la población activa agraria. Así, el porcentaje de asalariados en la población activa agraria pasó de representar el 51,2 por 100 en el Censo de Población de 1950, al 40,9 por 100 en el de 1960».

En la década del sesenta el número de asalariados agrarios acelera su disminución descendiendo en poco menos de un millón, lo que viene a representar una baja de casi el 50 por 100, lo que puede calificarse de «espectacular» (133).

(131) Naredo, Leguina y otros: *La agricultura en el desarrollo español. Siglo XXI*.

(132) M. Gaviria: «La población activa agraria real en España». *Agricultura y sociedad*. Oct./nov. 1976. Para 1977 las estimaciones más bajas las establece M. Gaviria, dando como población activa agraria real la cifra de 1.567.000 personas, o el 11,3 por 100 de la población activa nacional.

(133) Naredo: *La evolución de la agricultura en España*. Primera edición, pág. 95.

Información que viene corroborada con el siguiente cuadro, que detalla esta evolución para los últimos años:

**Evolución del número de horas trabajadas en el sector agrario
Índices. 1964 = 100**

<i>Años</i>	<i>Personal asalariado</i>	<i>Personal no asalariado</i>	
		<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
1964	100	100	100
1965	99,5	97,2	105,4
1966	97,8	102,4	104,8
1967	92,1	98,4	100,0
1968	89,5	101,1	99,1
1969	89,4	99,0	102,7
1970	88,7	94,9	105,7
1971	79,2	94,2	106,9
1972	75,5	91,5	109,1

Fuente: Distribución funcional de la renta agraria. 1963-1972. Ministerio de Agricultura.

En Guipúzcoa y Vizcaya los asalariados en las explotaciones agrarias siempre han constituido una reducidísima minoría, dada la dimensión de las explotaciones. Pero, incluso así, se puede constatar que el número se ha reducido a la mitad entre 1957 y 1973 (descenso de 3.315 personas a 1.682, según los trabajos de Renta Nacional del Banco de Bilbao).

Es, pues, evidente, y un fenómeno bien conocido, que la proletarianización directa del campesinado que el desarrollo del capitalismo parecía que tenía que haber producido, aparentemente no ha tenido lugar. En cierto modo los trabajos de Servolin, Lisovskij y otros trataban de demostrar que esta proletarianización en el propio sector agrario se producía mediante la explotación del pequeño propietario agrario sin abandonar sus medios de producción (134). La proletaria-

(134) Aunque consideramos que debe estar claro a este estadio, queremos precisar aquí que también nosotros consideramos que se da esta proletarianización en la propia explotación y que la diferencia con los autores mencionados es que nosotros no consideramos que esto constituye un fenómeno estable.

ción tendría lugar, entonces, por un procedimiento directo, no menos eficaz —recordemos a Lebossé y Ouisse—, y supondría un mejor sistema para el capitalismo que la explotación directa del trabajador agrícola en grandes empresas agrarias. Y consideramos de interés esta visión, ya que permite analizar la proletarización del pequeño empresario dentro de su propia explotación.

Pero hemos visto también que en la versión Lenin-Cavailles se proporciona otra interpretación del proceso de asalarización en el que se manifiestan que ésta se produce *partiendo* del sector agrario, pero no necesariamente en el mismo. Esta amplia interpretación del fenómeno de asalarización evidentemente que permite encajar en el análisis todo el proceso de éxodo rural, tan evidente e importante en todos los países desarrollados. Es también bien conocido que la mayoría de las personas que abandonan el campo pasan a integrar el proletariado en otros sectores —incluso los pequeños propietarios— o los niveles más bajos de una pequeña burguesía en los servicios o sectores de tipo artesanal. En el País Vasco, los caseros que han abandonado el caserío han pasado a engrosar las cifras de los obreros industriales o, en el mejor de los casos, a convertirse en pequeños empresarios artesanales. Sería de gran interés conocer cuántas de las carnicerías, bares, taxis y servicios análogos están montados por los hijos de los caseros. El carácter proletario de los protagonistas del éxodo rural del campo español es todavía más acusado. Nos parece de gran interés que el esquema de L-C permita integrar en un análisis este importante fenómeno.

d) ¿Cómo se articula el esquema que comentamos con nuestras predicciones acerca de las explotaciones del País Vasco? Creemos que pueden integrarse perfectamente en el mismo. En nuestra opinión constituye un caso extremo de descomposición del campesinado por su proletarización gradual, dado que es prácticamente imposible —como hemos indicado debido al precio de la tierra y la productividad agraria— el establecimiento de empresas capitalistas en el sector. Las dificultades insalvables cierran una de las vías predichas por Lenin para la evolución de las explotaciones de pequeña producción mercantil, la vía hacia la organiza-

ción de empresa capitalista; por tanto, sólo es posible la otra vía, que es la desaparición de las explotaciones agrarias y la gradual incorporación de sus titulares a la mano de obra industrial o de servicios.

Creemos, por tanto, que el esquema L-C y el análisis que supone constituye una de las vías más fructíferas por donde tendría que transcurrir el trabajo futuro respecto a la posible evolución de las explotaciones agrarias. No se trata, ni remotamente, de sugerir que esta visión constituya ya un cuadro completo, perfecto y definitivo respecto al problema que nos preocupa. Muchos aspectos quedan por precisar y explicar. Este análisis deja en la sombra los problemas de las formas de descomposición del campesinado, de sus ritmos, así como de las características específicas de las nuevas formas capitalistas que se irán estableciendo. Queda todavía mucho trabajo por hacer, y el esquema leninista que aquí hemos comentado, a pesar de su validez, no proporciona un plano de detalle del camino a seguir. Provee, sin embargo, de unas grandes líneas que presentan amplia materia de reflexión, por una parte, para que la polémica acerca de las formas capitalistas de la agricultura deje de transcurrir por el campo, ya tan agotado, de la dimensión de la explotación, y por otra, para permitirnos adentrarnos en el análisis de las características que toma la explotación agraria capitalista de pequeña dimensión en la incesante búsqueda del capitalismo de nuevos y más voraces campos de actuación.

A modo de epílogo

No es nuestra intención entrar en el análisis de las correspondencias que los diversos esquemas comentados suponen respecto a la situación de clase de los pequeños agricultores. No obstante, es preciso reconocer que las distintas interpretaciones tienden a propugnar diversas actuaciones de clase para los sujetos analizados. Así, para Kautsky, «dos almas viven en el interior del pequeño campesino: la del campesino y la del proletario» (135), pero del

(135) Kautsky, pág. 348.

resto del párrafo y de su obra en general puede deducirse que en tanto en cuanto «campesino», éste es un pequeño burgués preocupado solamente por la defensa de sus intereses económicos: «Lo que ellos quieren (los campesinos) es la protección de su modo particular de explotación...» Por otro lado, sabemos que considera que la expansión de las grandes explotaciones llevará al desarrollo de un proletariado que tendrá que enfrentarse con su clase dominante formada por patronos, los grandes propietarios...

Para Servolin, Lebossé, etc., los pequeños campesinos son artesanos preocupados fundamentalmente por valorizar su trabajo, y proletarizados gradualmente por el capitalismo. Por otra parte, Servolin considera que, dado que las grandes y pequeñas explotaciones son complementarias, no existe la lucha de clases entre grandes y pequeños propietarios agrícolas, sino que los intereses del sector pueden ser considerados homogéneos.

Para Lenin-Cavailhes, los pequeños campesinos forman una pequeña burguesía, pero sin unidad alguna; «está en parte formada por productores para quien el status de pequeño burgués es un paso adelante, un paso hacia la gran empresa, y por una parte de productores para quien es un paso atrás, un paso hacia la explotación parcelaria y al proletariado». Como consecuencia de esta situación, la pequeña burguesía es una clase inestable que «duda entre la burguesía contrarrevolucionaria y el proletariado revolucionario; es un fenómeno inevitable. Tan inevitable como el hecho de que, en toda sociedad capitalista, hay una ínfima minoría de pequeños productores que se enriquecen y se transforman en burgueses, mientras que la inmensa mayoría termina de arruinarse, se transforma en obreros asalariados, se pauperiza y vive eternamente en el límite de la condición de proletarios» (136).

Esta dicotomía de la pequeña burguesía impedirá la formación de partidos políticos campesinos, ya que a causa de su carácter doble y contradictorio no puede establecer un proyecto coherente. La interpretación teórica del campesi-

(136) L-C, pág. 141. Cita de Lenin en *El desarrollo del capitalismo*, pág. 141.

nado como pequeña burguesía inestable permite entender este hecho, que ninguna otra construcción teórica logra explicar. El carácter de pequeña burguesía del campesinado dificulta la adscripción de éste a la clase obrera, a la alianza del campesinado y los trabajadores industriales. Permítase-nos citar en este contexto unos párrafos de nuestro trabajo sobre la agricultura euskaldun que hemos presentado escritos antes de la publicación del artículo L-C:

«Tarea más complicada es la caracterización del casero en la estructura de clases vigente y en el sistema productivo que la determina. Por un lado, el casero es el propietario de los medios de producción; por otro, su bajo nivel de renta le situará en una escala similar a la del obrero industrial, pero es palpable la diferencia ideológica entre ambos. El casero forma parte de la pequeña burguesía euskaldun que, por otro lado, ve en él al conservador de los valores del pueblo vasco; y es aquí donde surge la contradicción entre la base económica del análisis y la ideológica.

Esta contradicción se agrava en el caso del casero que trabaja en la industria: su conciencia de clase como trabajador industrial es débil. En general —siempre hay excepciones y la situación está cambiando rápidamente—, forma parte más de su estamento rural que del lugar que sociológicamente debiera ocupar por su situación en el proceso productivo. Este hecho le lleva con frecuencia a adoptar actitudes ambiguas en caso de problemas laborales».

BIBLIOGRAFIA

- Kautsky, Karl: *La cuestión agraria*. 1899. Editorial Laia, Barcelona, 1974.
- Rey, P. P.: *Sur l'articulation des modes de production*. Editorial Maspero, París, 1973.
- Servolin, C.: *L'absorption de l'agriculture dans le mode de production capitaliste. L'Univers politique des paysans*. A. Colin, París. 1972.
- Ossard, H.: «L'agriculture et le développement du capitalisme». *Critiques d'économie politique*. Maspero, París, números 24-25.
-

-
- Culomb. P. y Nallet: «Industrialization de la production et imperialism». *Le Monde Diplomatique*, septembre 1975.
- Lebossé and Ouise: *La transformation de la sphere alimentaire consecutive au processus de developpement du capitalisme français*. Tesis. Nantes, 1972. Comentado en el artículo de Cavailhes.
- Lisovskij, J.: *Il rapporto agricoltura-industria nelle condizone dello sviluppo del capitalismo*.
- Cavailhes, J. L.: «L'analyse leniniste de la descomposition de la payasanerie». *Critiques d'economie politique*. Maspero, París, número 23.

SUMMARY

The author studies the basis relationships between the agrarian sector, and the whole social formation, tied to the transformations which are typical of capitalist development, that is to say the way in which agriculture is inserted in the general economic activity, when development alters the traditional assumptions. After analysing a series of theoretical models —Kautsky, Servolin, Lebossé, Lisovskij, Lenin interpreted by Cavailhes—, the specific case of agriculture in two highly industrialized Spanish provinces, Guipúzcoa y Vizcaya, with the intention of connecting this transformation with economic development.

RESUMÉ

On étudie dans cet article les relations entre le secteur agricole et l'ensemble d'une formation sociale assoujettie aux transformations caractéristiques du développement capitaliste, c'est à dire, le mode dont l'agriculture s'insère dans l'activité économique général lorsque le développement fait changer les données traditionnelles.

Après avoir analysé divers modèles théoriques —Kautsky, Servolin, Lebossé, Lisovskij, Lenin interprété par Cavailhes—, l'auteur étudie le cas concret de l'agriculture de deux zones très développées de l'Etat espagnol, Guipúzcoa et Vizcaya, et les transformations provoquées par le développement économique.

